



**CHRISTIAN
MARTINS**

Un "Te Quiero"
por Navidad

**Un “*te quiero*”
por Navidad.**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN DICIEMBRE 2017

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS

AGRADECIMIENTOS

Os daría las gracias de una en una a todas, (¡porque sois increíbles!) pero llenaría este libro solo con vuestros nombres. Os diré, simplemente, que **gracias** por cada mensaje de ánimo que me escribís, por darme cada mañana los “buenos días” a través de las redes sociales, por esperar cada libro que publico con ilusión e (im)paciencia, por cada reseña que me escribís en Amazon, por vuestros emails, por exigirme segundas partes... En definitiva: por todo vuestro cariño y apoyo.

Gracias a todas mis lectoras, porque hacéis mis sueños realidad.

Espero que paséis unas felices fiestas rodead@s de la gente que os quiere.

¡¡Feliz Navidad, familia Martins!!

1

Los días pasaban con demasiada rapidez y a Gabrielle Reuben se le acababa el tiempo en el preciso instante en el que el calendario le daba la bienvenida al festivo y alegre mes de diciembre.

Treinta y un días de plazo para presentar la nueva novela, ni uno más, ni uno menos. Después todo habría terminado para Gabrielle.

Aquella noche, la muchacha se despertó con las sábanas empapadas en sudor y una extraña sensación de fracaso en el vientre.

Se levantó de la cama a regañadientes, tan sólo por el mero hecho de sentirse útil. Se sirvió una taza de café y se dirigió hacia el umbral de su despacho; ese rincón de la casa que en los últimos meses había logrado causarle verdadero pudor.

La mesa del escritorio estaba despejada, limpia, ordenada. El portátil pulcramente colocado en el centro, junto al ratón. Tiempo atrás aquello había sido un verdadero desastre, con papeles por todas partes y cuadernillos con anotaciones por cada esquina. Pero esos días, los días en los que Gabrielle había tenido inspiración, se habían esfumado.

— Necesito una musa... — murmuró, repasando mentalmente todos

aquellos consejos que le habían dado y que, por experiencia, podía afirmar que no servían para nada.

Aún era temprano y la luz se colaba levemente a través de las cortinas. Pulsó el interruptor y pasó a la habitación, sin soltar su taza de café. Se sentó frente a la mesa, recordando aquellos años en los que nada más levantarse de la cama se había dirigido a ese rincón, ansiosa por continuar con aquellos personajes, aquellas historias, aquella sucesión de palabras que lograba darle vida a todo lo que rondaba en su cabeza.

El café siempre había tenido que esperar, y aún así, se lo había tomado a pequeños sorbitos, entre tecla y tecla, sin desperdiciar un solo segundo.

“Uno tiene que estar siempre en el mismo lugar, a la misma hora, para que la inspiración pueda encontrarle”.

“El mejor truco para escribir con fluidez es leer; leer mucho, leer todo”.

En aquel mundillo literario, todo el mundo tenía algo que decir.

El peor de los errores de Gabrielle había sido confesar abiertamente su bloqueo literario. Hasta entonces, a pesar de su frustración, había logrado “sacar algo” de su cabecita. Desde que dijo en voz alta que se encontraba sin inspiración, bloqueada, no había logrado sacar nada con sentido.

Uno de diciembre.

Se acababa el año.

Escuchó el teléfono fijo resonar en el salón y se preguntó a sí misma si debía responder la llamada o no.

Al final, suspirando hondo, decidió acercarse; estaba convencida de que era Ruth. Ruth era su agente literario y, a su vez, su mejor amiga. Era una suerte, porque cualquier autor en su situación no habría sabido qué decirle a su

“pesado” agente para salir del paso y quitárselo de encima, pero ella no tenía ese problema.

— ¿Hola?

— ¡Buenos días, escritorzuela! — exclamó Ruth, con un buen humor poco habitual en ella.

Aunque no era, en absoluto, una amargada, Ruth solía encontrarse demasiado estresada en cada pequeño instante de la vida, cosa que menguaba su humor.

— Ahora mismo me iba a poner a escribir... — bromeó, mientras sorbía los últimos posos de café del fondo de la taza — . ¿Me llamas para escuchar mi dulce voz?

— En realidad, no. No te vas a creer lo que he conseguido... — canturreó con felicidad.

Esa frase habría sido mágica para los oídos de Gabrielle en otra época, pero dadas las circunstancias, lo único que le provocaba era pavor.

Gabrielle tenía veintiséis años, con diecisiete había escrito su primer *best seller* y con veinticuatro el último de todos. Los contratos editoriales le habían llovido desde entonces, y Ruth siempre se había encargado de rastrear las mejores ofertas entre las propuestas que tenían sobre la mesa.

De la última, Gabrielle había cobrado un cuantioso anticipo que poco a poco se había esfumado de su cuenta. Se suponía que el primer borrador del manuscrito tendría que haberlo tenido disponible para el caluroso mes de junio, pero la cosa no había salido exactamente según lo planeado.

Uno de diciembre.

La ampliación del plazo llegaba a su final.

— ¿Gabi? — preguntó Ruth a través del auricular — , ¿puedes prestarme un poco de atención y bajar de las nubes?

Una gran parte de ser escritora se debía a su incesante imaginación. Gabrielle no sólo tenía la capacidad de inventarse lugares, personas, escenarios, tramas... Si no que soñaba despierta. Era algo extraño. En ocasiones, se imaginaba la próxima conversación telefónica que tendría con su madre y la recreaba en voz alta, riéndose con las ocurrencias que su padre gritaría de fondo.

— Te estoy escuchando, te estoy escuchando... — canturreó .

— Pues entonces, ¡atenta! — exclamó, recuperando el buen humor de su tono de voz — . Creo que ya he encontrado la solución a todos tus problemas.

— ¿La solu...?

— Fantasy Book necesita doce historias para una antología y está buscando autores nuevos para su plantilla — continuó explicando con rapidez, sin permitirle a Gabi interrumpir — , como solo será una antología y los relatos tendrán la temática asignada, no incumpliremos el contrato que ya tenemos firmado para la novela.

“La novela”.

Esa que no existía. Esa que dudaba que fuera a existir en algún momento del futuro.

— Estoy bloqueada, Ruth... — musitó con voz de melancólica, recordándole a su agente aquello que ya sabía — , no creo que pue...

— Serán solo cuatro mil palabras — continuó con entusiasmo — , ni una más, ni una menos. ¡Y eso no es nada para ti, Gabi! ¡Te he visto escribirlas en una sola tarde!

Ella suspiró desde el otro lado de la línea.

Era cierto, cuatro mil palabras no eran demasiado pero... ¿Pero cómo iba a escribirlas si no podía siquiera sacar doscientas?

— Verás, no creo...

— Sabía que te negarías, así que me he tomado la libertad de poner al día tu cartilla bancaria. ¿Sabes cuánto dinero te queda en el banco?

Gabrielle dudó.

No tenía ni la menor idea, así que guardó silencio.

— Me lo imaginada — continuó Ruth — , cero. No te queda dinero en el banco.

— ¡Mierda!

Aquellos últimos meses se había alimentado de sobras, cereales y cafés, así que no le había prestado demasiada atención a su cuenta bancaria.

En realidad, ¿para qué necesitaba más? No salía de casa, y se pasaba el día por completo sentada en una silla donde ni siquiera movía los dedos de las manos. ¿Para qué necesitar, entonces, la energía que le proporcionaban los alimentos?

— Cuatro mil palabras y, por arte de magia, recibirás doscientos dólares.

Gabrielle guardó silencio.

¿Y qué demonios iba a hacer con doscientos dólares? Con eso no le llegaba ni para pagar el alquiler.

— Mira, Gabi... — continuó Ruth, adivinando sus pensamientos — , creo que ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa, ¿vale? Tienes que bajarte de esa nubecita en la que estás subida.

— Lo sé... — murmuró, procurando cortar cuanto antes con aquella desagradable conversación.

— Vas a tener que cambiar de hábitos y empezar a pensar seriamente sobre tu futuro.

“¡Oh, oh!”, pensó, “¡peligro!”

Odiaba cuando Ruth se ponía en plan madre preocupada por su futuro literario a echarle la bronca. Además, si se metía en ese papel, no había nadie que lograra sacarla.

— No te preocupes tanto...

— Gabi, por favor — gruñó — , ábreme la puerta de casa.

— ¿Qué te abra que...? — preguntó, justo en el instante en el que el timbre resonaba todo su apartamento.

Colgó el auricular del teléfono y se dirigió a la puerta arrastrando un pie delante del otro. No tenía demasiadas ganas de hablar con ella, menos aún de recibir una visita, pero, ¿qué iba a hacer? ¿Echarla?

Abrió la puerta y allí estaba Ruth, tan perfecta como siempre y radiante a pesar de las tempranas horas. Vestía un pantalón de pata de gallo y una americana negra que le iba perfecta.

— ¡Oh, Dios, Gabrielle! — exclamó, repasándola de hito a hito — . ¡Pero si estás en los huesos!

Ella, con los ojos en blanco, se separó de la puerta para dejar paso a su amiga.

— ¿Café? — preguntó, mientras se dirigía sin esperar respuesta hacia la encimera.

Sabía que Ruth jamás decía que no a la cafeína.

—¡ Por favor!

— ¿Galletas?

También sabía la respuesta.

Ruth decía que uno de los efectos secundarios del estrés era la ansiedad por la comida.

— ¡Gracias!

Su agente literaria se sentó en el sofá, con los pies sobre la mesita auxiliar, mientras Gabrielle cargada con la bandeja hacia allí. Tenía que andar despacito — y eso que solo portaba un platito con galletas y una taza con café — , porque el pulso de la chica era realmente malo y corría el riesgo de perder todo por el camino.

— ¿Me vas a contar qué haces aquí? — inquirió, dudosa.

Era evidente que no había necesitado mucho más para convencerla sobre el relato.

Ruth dejó la galleta que se estaba llevando a la boca a medio camino y miró a su amiga.

— Verás... — comenzó, con la voz timbrada de pena — , esto tampoco es sencillo para mí.

Gabi se sentó en el sofá junto a ella, asustada por la repentina reacción de su amiga.

— Pero, ¿qué ocurre, Ruthy?

Armándose de valor, Ruth dejó la taza y la galleta sobre la mesa y se giró

hacia su amiga, la cogió de ambas manos y la miró fijamente a la cara.

— Tienes que marcharte del apartamento. Te echan.

— ¿CÓ...?

— Llevas tres meses sin pagar el alquiler, Gabi, no puede sorprenderte — continuó, apresurándose a hablar mientras Gabrielle asimilaba las duras palabras — . Pero tampoco tienes de qué preocuparte, sabes que yo jamás te dejaría en la calle.

Gabrielle, entre el impacto y la angustia, fue dejando escapar todo el aire que contenían sus pulmones.

— ¡Oh, no, Ruth! — lloriqueó al final, lanzándose a sus brazos.

¡La habían echado de su apartamento!

— Tú tranquila, Gabi... — la consoló, frotándole lentamente la espalda.

Al final se apartó de ella, decidida a ser fuerte y a enfrentarse a sus problemas como una verdadera mujer adulta.

— ¿Y cuándo me mudo a tu casa?

Ruth jugueteó con un tirabuzón de su cabello, fingiendo estar distraída.

— ¿Ruthy...? — insistió Gabi.

— Bueno... No he dicho que te vayas a mudar conmigo, si no que no iba a dejarte en la calle...

No le quedaba más remedio que ser valiente y enfrentarse a la vida con uñas y garras.

Ruth había llegado a un acuerdo con su hermano mayor, Logan. Si aceptaba convivir “provisionalmente” con Gabrielle, ella le prestaría su viejo escarabajo mientras se encontrase en la ciudad.

Según le había contado Ruth, Logan vivía en una pequeña caja de zapatos en el centro de Nueva York. El piso lo había heredado años atrás de su tía Margory, herencia que Ruth había rechazado con una sonrisa. Gabrielle recordaba perfectamente aquella época y lo que dijo del apartamento: “demasiado feo, demasiado pequeño, demasiado anticuado”.

— ¡Te encantará! — exclamó, mientras cargaban las maletas en el coche — , es ideal, acogedor y con mucho encanto.

Gabi frunció el ceño y obvió sus comentarios, fingiendo no escucharla.

Además, lo peor de todo, es que en todos aquellos años Gabrielle había tenido que escuchar muchas cosas sobre el hermano de Ruth; y ninguna de ellas había sido buena.

Según le había dicho en el pasado, era un loco que se guiaba por impulsos, egoísta y egocéntrico. No se soportaban y en las comidas familiares Ruth y Logan procuraban no dirigirse la palabra.

También la había dicho que tan solo estaría hasta después de las fiestas en Nueva York, y luego regresaría a España — su verdadero lugar de residencia — y Gabi podría plantearse alquilar el apartamento de la tía Margory.

Por alguna razón, sospechaba que las ansias por abandonar aquel lugar llegarían a ella más pronto que tarde...

— Cambia esa cara y procura divertirte con Logan — le pidió Ruth.

— ¿En serio? — bufó, mientras descargaba sus maletas.

Había sacado todo — o casi todo — de su viejo hogar y en aquellos instantes Gabrielle no podía evitar sentirse fuera de lugar, extraña y agobiada.

— Mi hermano puede ser muchas cosas, pero es divertido — añadió, risueña — , ¡de eso doy fe!

Gabrielle suspiró, agotada.

Se paró frente al portal del piso y contó hasta diez antes de tocar el timbre, mientras observaba a su amiga de fondo terminando de descargar el equipaje.

¿Cómo era posible que en tan poco tiempo su vida hubiese cambiado tanto? Había pasado del todo, a la nada. Atrás habían quedado aquellos años en los que Gabi se había deslizado por Nueva York de fiesta en fiesta, de gala en gala, disfrutando de la atención que generaba y de la importancia en la sociedad que le proporcionaban sus libros. La habían llamado de todas partes, había hecho giras mundiales firmando ejemplares de sus libros, había dado charlas, conferencias... Había ganado dinero; y se lo había fundido todo.

Y ahora allí estaba, en un portal de un piso que tenía más de cincuenta años,

sin reformar y con unas cuantas maletas como única pertenencia. Sin hogar. Sin dinero. Sin nada.

— ¿A qué esperas? — preguntó Ruth, plantándose a su lado.

Gabrielle se encogió de hombros mientras su amiga pulsaba repetidas veces el timbre.

— ¿Hola? — murmuró la voz masculina del hermano de Ruth.

En aquel instante, Gabi presintió que aquello de vivir con un hombre no iba a funcionar. Tenía manías extrañas, horarios poco convencionales y, además, dormía en pijama corto. ¿Cómo demonios iba a dormir en shorts si tenía a un tío roncando en el cuarto contiguo?

— ¡Abre, hermanito!

Ruth tiró de la puerta mientras ésta cedía al empujón y pasaron al interior. El apartamento estaba en el cuarto piso, lo que complicaba la tarea de subir a pulso y sin ascensor todo el equipaje de Gabrielle. Como era esperar, necesitaron realizar dos viajes para subir todo hasta rellano.

Logan no se prestó voluntario para ayudar; ni siquiera asomó la cabeza.

Pasaron al interior y Gabrielle resopló, asqueada, al comprobar que Ruth había tenido razón describiéndolo como “una caja de zapatos”. Incluso una caja de zapatos era más grande que aquel lugar.

— ¿Dónde está mi hermanito favorito? — canturreó, deslizándose por el apartamento en su busca.

No había demasiado que ver.

Un salón-cocina, todo junto. Una barra separaba el sofá de la encimera que

tenía los fuegos. Dos metros por delante del sofá, había un viejo mueble de madera roída con un televisor de los antiguos; esos que pesaban una barbaridad y que tenían un culo gigante. A la izquierda una pequeña ventana, en frente un pequeño pasillo diminuto que tenía dos puertas.

Ruth estaba parada en el umbral de una de esas puertas, con una sonrisa en el semblante mientras murmuraba algo en voz muy bajita para que Gabrielle no pudiera escucharla. La otra puerta estaba cerrada y — Gabi supuso — correspondía al cuarto de baño.

— ¡Oh, no! — exclamó en voz alta con los ojos clavados en Ruth — . ¡Oh, no...! ¡Oh, no!

¡El apartamento solo tenía una habitación!

¡Una habitación!

Soltó la maleta que tenía en la mano, provocando un pequeño estruendo.

Ruth se giró hacia su amiga con el ceño fruncido.

— ¿Pero qué te ocurre?

Gabi se llevó la mano a la cabeza, tapando su rostro con ambas manos.

Aquello no podía ser verdad... ¡No podía!

— Dime que es una broma de mal gusto y que en realidad vas a llevarme a tu casa... — murmuró en voz bajita, intentando que Logan no la escuchase.

No pretendía ofenderle, ni mucho menos, pero...

Ruth sonrió.

— ¡Pero qué dices, tonta! — exclamó risueña — , no seas dramática. Sé que no es tan grande como tu anterior apartamento pero no está nada mal... Es... acogedor.

Gabi se acercó hasta ella caminando con parsimonia, mientras deslizaba la mano por el sofá desgastado que, con seguridad, tenía más años de vida que ella misma.

— Ruth... — comenzó con tono suplicante — , Ruth, por favor..., no puedo compartir habitación con tu hermano...

En ese mismo instante, Logan asomó la cabeza al pasillo; sonriente. El espacio era tan reducido que por mucho que susurrases, no podías ocultar nada.

— No vas a dormir en la habitación conmigo — indicó — , te toca quedarte en el sofá.

Se quedó helada mientras intentaba procesar aquello último.

Tendría que dormir en el sofá y Logan no se parecía en nada a Ruth. Era moreno, ojos castaños y achinados. Era guapo.

— No puedo dormir en el sofá... — replicó, procurando dibujar una sonrisa mientras rezaba porque todo aquello fuera una vil broma de su agente literaria.

El muchacho se encogió de hombros y su hermana sacudió la cabeza con desesperación.

— Venga, Gabi, no seas así de repipi. Solo será una temporada, hasta que la cosa mejore... Después buscarás algo mejor — le dijo, caminando hacia la puerta de entrada.

Se marchaba. Se marchaba sin ella.

Gabrielle corrió hasta su amiga y se enganchó a su brazo, reteniéndola.

— No puedes dejarme aquí, Ruth... Por favor... Te lo suplico...

Ruth intentó zafarse de su amiga, que desesperada, se encontraba bien aferrada a ella.

— Ruthy, por favor, no me hagas esto... ¡Por favor!

Se deshizo de Gabi y la miró con seriedad.

— Ya vale, Gabrielle — le regañó —, compórtate como una adulta. Lo primero que tienes que hacer es instalarte, y después ponerte a escribir el relato de Navidad. Necesitas el dinero y tendrás que aceptar lo que te ofrezcan.

Gabi asintió, sacudiendo la cabeza como una niña buena mientras la soltaba con lentitud. No podía marcharse sin ella... ¿o sí?

— Venga — la tranquilizó Ruth con unas palmaditas en la espalda —, te llamaré mañana.

Cerró la puerta y se marchó.

Aquello no era una broma; era la realidad.

Gabrielle se quedó unos segundos contemplando la caja de zapatos en la que, le gustase o no, tendría que vivir. Después procesó la última frase de Ruth y su cabeza asimiló aquello de “el relato de Navidad”; la cosa empeoraba. Estaba atascada y escribir no era precisamente una tarea sencilla pero... Pero escribir sobre algo navideño complicaba aún más las cosas.

Caminó unos pasos al frente y se sentó en el diminuto sofá donde tendría que dormir. ¿Dónde iba a meter las piernas? Desde luego, el espacio era reducido.

— ¿Logan...? — murmuró, segundos antes de que un sonoro portazo proveniente de la habitación del muchacho le indicase que “Logan no estaba disponible”.

Gabi pensó que el chico parecía cualquier cosa menos, precisamente, divertido.

3

No tenía armarios donde guardar la ropa, así que tendría que mantenerla en la maleta guardada. Gracias a Dios, el mueble del servicio disponía del suficiente espacio para almacenar las cremas y las mascarillas de mayor importancia.

Gabrielle se colocó un pantalón de chándal — que sería el nuevo sustituto de su pijama corto — y se acomodó en el sofá, donde había colocado una sábana y una gruesa manta de invierno. Estaba congelada; como era de esperar, el apartamento de la tía Margory no contaba con calefacción. Cuando se tumbó, descubrió que la largura del sofá no permitía a sus pies mantenerse dentro del mismo. Gabi agradeció llevar puestos esos calcetines de lana gorditos que se había comprado para andar por casa en su anterior piso; le vendrían bien para evitar una posible hipotermia.

Apagó la luz desde el interruptor computado y se acurrucó. Hacía mucho frío, el edificio producía extraños sonidos y... el tráfico de Nueva York traspasaba las paredes del apartamento sin grandes problemas.

¡Su vida era un desastre!

Y lo peor de todo es que Gabrielle sabía de sobra cuál era la solución a todos sus problemas; escribir.

Escribir, escribir y escribir.

Tenía que recuperar la inspiración para volver a su antiguo estatus social y económico. ¿Pero cómo demonios iba a hacerlo? Recordó otro famoso consejo que le dio, hacía mucho tiempo, un importante escritor que solía mantenerse semanas después del lanzamiento de sus títulos en las listas del New York Times: “tienes que descubrir qué te está bloqueando y destruirlo”. En aquel instante Gabrielle pensó que no quedaba nada por destruir en su vida, excepto su propia persona.

No fue consciente de que estaba llorando hasta que escuchó la puerta de la habitación de Logan abriéndose. La muchacha contuvo la respiración y se sacudió las lágrimas, mientras volvía a decirse a sí misma que no podía aparentar ser “una desagradecida”. Al fin y al cabo, el hermano de Ruth la había aceptado en su casa aún sin disponer de demasiado espacio. Ruth en cambio... ¿Cómo no podía sentirse traicionada por su amiga? Vivía en una casa enorme, con al menos dos habitaciones para invitados. ¿Tanto le suponía aceptarla unos días y abrir las puertas de su hogar para una amiga?

— ¿Estás bien? — preguntó Logan desde el umbral del pasillo.

Gabi se mordió el labio antes de responder.

“¿Estaba bien?”. No, desde luego que no.

— Sí, bueno...

Se quedó mirando al chico unos segundos de más; pero era imposible no hacerlo. Vestía unos calzoncillos muy sensuales de Kelvin Klein y una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto sus marcados brazos. Tampoco era nada del otro mundo, un chico del montón que, siendo sinceros, estaba bastante bien.

Gabrielle no pudo evitar pensar que, seguramente, ella daría una imagen muy

diferente; con los ojos rojos de llorar, su melena castaña alborotada y su chándal de la universidad como pijama.

— ¿Puedo ayudarte en algo? — preguntó el chico, aparentemente interesado por Gabrielle.

Ella sacudió la cabeza en señal de negación.

Logan se quedó inmóvil unos segundos más, y al final, añadió.

— Si las cosas salen mal, me marcharé en unos días y podrás quedarte con la habitación para ti. No te cobraré alquiler.

Gabrielle volvió a repasar la frase del muchacho mentalmente. ¿Si las cosas salen mal?

Como no tenía confianza para ahondar en el asunto, simplemente, dibujó una mueca de gratitud y guardó silencio.

— Si fuera tú, me pondría a escribir y volvería a recuperarme — continuó diciendo con los brazos cruzados en la entrada, contemplando a la muchacha con curiosidad.

Se sentía ridícula tumbada en el sofá con los piecitos en el aire mientras el chico la examinaba de hito a hito pero...

— No es que mi hermana me caiga precisamente bien, pero sé que es buena en lo que hace y que si dice las cosas es por algo — añadió — . Si te dice que lo mejor que puedes hacer es escribir relatos de Navidad, hazlo. Si tú sacas tajada del asunto, ella también, así que siempre buscará lo mejor para ti...

— Estoy bloqueada — soltó, liberándose de su agobio — , no puedo escribir.

Logan caminó unos pasos al frente con una media sonrisa y tiró de la manta

de Gabrielle, indicándole que se levantase. La chica se incorporó de la misma, dejándole hueco en el sofá.

— ¿No puedes escribir o no quieres escribir? — inquirió, sentándose junto a ella y tapándose con la manta.

Gabrielle se sintió un tanto angustiada por la invasión de su espacio personal.

— No puedo.

— Querer es poder — contraatacó él.

Ella suspiró, liberando todo el aire de sus pulmones mientras se arrinconaba en sofá, bajo la manta, procurando entrar en calor.

“No es tan sencillo como decir que querer es poder”, pensó, pero no se atrevió a decir nada en voz alta.

— No estoy demasiado entusiasmada con la Navidad y aún tengo esperanzas de terminar la novela... — dijo, prácticamente para sí misma — , solo tengo este mes, después lo habré perdido todo.

Logan asintió, comprensivo.

— ¿Sabes qué?

Gabrielle le miró, encogiéndose de hombros e invitándole a continuar.

— Yo tengo una buena historia navideña... si te apetece escucharla, dímelo.

Le propinó dos palmaditas en el hombro y se levantó del sofá para regresar a su habitación.

— Te avisaré — respondió sin mucho ánimo.

Era otra de las clásicas respuestas que solía tener la gente cuando les hablaba

de su bloqueo: “si te contase mi vida escribirías tres libros...”, o cosas similares. Algunas veces era cierto, pero Gabrielle había aprendido que en la mayoría de las ocasiones, no. Solo servía para perder el tiempo y escuchar relatos absurdos de amores y desamores.

— ¡Bienvenida a la caja de zapatos de la tía Margory, Gabrielle! — gritó, antes de volver a encerrarse en su habitación.

4

Tenía que acostumbrarse a las cosas más absurdas.

¿Dónde estaba la cafetera? ¿Podía desayunar en la casa o tenía que hacerlo fuera? ¿Cómo organizarían la nevera?

Eran las diez de la mañana y a Gabrielle le rugía el estómago como si hubiese desayunado aquel día un pequeño león. Para su desgracia, aún no había comido nada y Logan parecía negarse a amanecer.

¿Cómo demonios se podía dormir tanto?

Lo segundo era; ¿dónde y cómo escribir? Llevaba despierta desde las seis de la mañana — por no decir que no había logrado pegar ojo — y había acomodado el portátil sobre el sofá, en el brazo del mismo. No era demasiado cómodo escribir así, pero como su procesador de textos aún no contenía ni una sola palabra decidió que ya se preocuparía por la comodidad cuando su producción aumentase.

Miró la pantalla mientras su cabeza continuaba dándole vueltas al tema del relato; escribir el relato, ganar dinero rápido y salir del paso o esforzarse por la novela. Escribirla en un solo mes implicaría un tiempo record, pero si se empleaba a fondo y si lograba quitarse de encima ese bloqueo estaba convencida de que podía conseguirlo.

Valoró mentalmente los pros y los contras del asunto con seriedad. El relato la sacaría adelante ese mes, pero la novela solucionaría muchos de sus problemas financieros. Para empezar; podría regresar a su antigua vida y dejar atrás aquel pasaje cuanto antes, pero... ¿Y si no lograba acabarla y la editora cerraba el plazo de entrega? Entonces no tendría nada, absolutamente nada.

— ¡Buenos días! — musitó un adormilado Logan desde el pasillo, aún en el umbral.

Miró a la chica de arriba abajo antes de sonreír con brevedad.

— Hola... — saludó ella entrecortadamente.

Logan se dirigió a la barra de la cocina sin añadir nada más y comenzó a trastear en la nevera, mientras Gabrielle volvía a concentrar su atención en el portátil. Desde luego, no sería sencillo vivir acompañada...

Paseó los dedos por el teclado, buscando la mejor manera para comenzar su historia.

“¿Qué tal comenzar por algo clásico?”, pensó, dándole vueltas al asunto. Quizás podía inciciarla por algo del estilo de “érase una vez, en un lugar muy lejano...”. No. Sacudió la cabeza y decidió comenzar de nuevo.

“Unas navidades espantosas”, tecleó al final, sin poder reprimir una pequeña risita. No necesitó más de tres segundos para comprender que aquel título no tenía ningún gancho y su patética historia, todavía menos. Borró la frase y se quedó mirando la pantalla en blanco.

— ¿Cómo va el bloqueo?

Gabrielle se giró hacia el chico.

Realmente no se parecía absolutamente en nada a Ruth.

Aquella mañana se había vestido con unos vaqueros y un jersey de lana rojo. Sencillo y abrigado; totalmente apropiado para soportar las inclemencias de un invierno neoyorkino. Tenía que admitir que las cuatro palabras que había cruzado con él no hacían justicia a los relatos que Ruth había contado sobre el chico, aunque tampoco le conocía lo suficiente como para juzgarle.

— Sigo igual de bloqueada — gruñó, regresando la vista al procesador de textos.

— ¿Y qué plan tienes para hoy? — inquirió, con una sonrisa de lado.

La cafetera que Logan había preparado silbó, indicándole al muchacho que el líquido marrón que proporcionaba cafeína estaba listo y preparado para su consumición.

Gabrielle no dijo nada, porque se sentía un tanto fuera de lugar y avergonzada, pero rezó porque el hermano de Ruth tuviera más educación que su amiga y, además de su casa, le ofreciera un café.

— Supongo que mi plan es... escribir.

— Ajá... — respondió el muchacho, acercándose al sofá — , ¿y cómo vas a escribir si estás bloqueada?

Le acercó una taza de café y Gabrielle la aceptó con una sonrisa de gratitud impresa en el semblante. Ni siquiera le había preguntado si la quería o no...

— Espero que te guste, es el cappuccino de la casa — bromeó él, mientras ella le daba un pequeño sorbo.

— Está muy rico — señaló — , y respecto a lo de cómo voy a escribir... no lo sé.

Logan hizo desaparecer el contenido de su taza de un solo trago y después

suspiró, como si el mero hecho de plantearse el día que tenía por delante le agotase.

— Vaya, veo que tienes serios problemas, Gabrielle.

— Así es... — respondió ella.

Aún no lograba mirar al chico a la cara.

Parecía que aquel repentino contacto se había forzado por las circunstancias y no terminaba de sentirse cómoda con él. No se conocían; lo único que sabía de Logan es que si las cosas le salían mal se marcharía del piso y que era el hermano de Ruth. Nada más. Y lo único que él sabía de ella era que escribía — o mejor dicho, que no escribía — , que tenía que presentar dos trabajos aquellas navidades y que, de alguna manera, era amiga de su hermana.

Gabrielle pensó que tenía que revisar mejor su agenda de amistades...

— ¿Y tú qué vas a hacer hoy? — inquirió curiosa, forzando la conversación.

Al fin y al cabo, él había sido agradable y se había esforzado por charlar con ella.

— Yo tengo que recorrerme Nueva York... — respondió con aires pensativos — , y buscar a alguien. A una persona que hace mucho tiempo que no veo...

Gabrielle asintió, sin prestarle demasiada atención.

No lograba sacarse aquel dilema del relato o la novela de la cabeza. ¡Era horrible!

— Bueno, Gabrielle... Debo marcharme o perderé la mañana entera.

Ella se mordió la lengua para no responderle sobre sus horarios nocturnos y

recordarle que hacía horas que el sol brillaba. En lugar de ello, sonrió.

— Buena suerte con tu búsqueda, Logan — se despidió.

— Buena suerte con tus historias, Gabrielle.

Desde luego, la necesitaría.

A eso de las dos del mediodía le comenzó a rugir el estómago.

Tenía hambre, pero no se sentía a gusto fisgoneando en una nevera ajena y tampoco se encontraba con ánimos para bajar a la calle.

A las tres el procesador de textos continuaba vacío, sin una sola palabra en él.

A las cuatro intentó encender aquel horrible televisor que tenía delante pero no lo consiguió.

A las seis se asomó a la ventana; estaba nevando, hacía frío y desde allí podía observar un sinfín de luces navideñas adornando los escaparates de los negocios y las calles.

A las seis y cinco decidió que comenzaba a aborrecer la Navidad y tanta tontería festiva.

A las siete fisgó en la nevera y decidió merendar un sándwich de pavo.

A las siete y treinta volvió a sentarse delante del ordenador, decidida a comenzar por la novela. A las siete y treinta y uno decidió que lo mejor era cambiar y comenzar por el relato.

A las ocho el procesador de textos continuaba vacío, sin una sola palabra en él.

Encendió la luz de la salita y se paseó por el apartamento. Se sirvió otra taza de café, se refrescó el rostro en el servicio y volvió a sentarse frente al ordenador.

Odiaba su vida; y en aquellos instantes era lo único que le apetecía contarle al mundo. ¿Pero qué clase de persona leería algo así? Nadie. Definitivamente,

nadie.

Dos golpes sonoros contra la puerta del apartamento distrajeron su atención. Gabi saltó por los aires con el corazón a mil por hora mientras se preguntaba si alguna clase de ladrón desesperado estaría intentando entrar a robar. Se quedó en silencio, y otros dos golpes secos resonaron fuera.

— ¿Quién... Quién es? — preguntó, agarrando el portátil con ambas manos y escudándose tras el respaldo del sofá.

Sabía que lanzar su portátil — su herramienta de trabajo — no era demasiada buena idea, pero no encontraba otro bártulo arrojable — a excepción de la televisión, que dudaba ser capaz de levantarla del mueble — .

— ¿¿Gabrielle??

La voz de Logan llegó desde el otro lado de la puerta.

¿No tenía llaves del piso? ¿Por qué tocaba el timbre?

— Voy, voy...

Sintió todo su cuerpo relajándose, aliviada.

Dejó el portátil, rodeó el sofá y se acercó hasta la puerta aún con las manos temblorosas.

— ¡Oh, Dios mío, Logan! — exclamó, impresionada.

5

— ¿Pero cómo...?

— No preguntes — le cortó él, mientras rodeaba a Gabrielle para entrar en la vivienda.

Se acercó hasta el sofá y, aparentemente derruido, se dejó caer en él. Gabi pensó que aquello de compartir piso era muy mala idea, pero que el sofá común de la casa fuera su lugar de descanso era todavía peor.

Revisó a Logan de arriba abajo; estaba sucio, mojado y el corte de su cabeza no tenía demasiada buena pinta. Se acercó hasta el sofá y se quedó a un metro de distancia, frente a él, con el ceño fruncido.

— ¿Qué te ha pasado? — insistió, incapaz de contener su curiosidad de escritora.

Logan suspiró hondo y frunció el ceño en una mueca de angustia. Gabrielle tuvo la sensación de que el muchacho estaba repasando mentalmente su desastroso día.

— Me han robado en Brooklyn — resumió, quitándose la chaqueta mojada y dejándola sobre las mantas del sofá.

Gabi se apresuró a rescatarla y colocarla sobre la encimera de la cocina, temerosa de que su “ropa de cama” pudiera terminar mojándose. ¿Con qué iba a dormir si no? Por otra parte, Logan parecía estar hundiendo todo por el simple hecho de encontrarse ahí sentado, pero le parecía muy desconsiderado por su parte pedirle a su casero que se levantase del sofá en el que iba a dormir aquella noche.

— ¿Y qué vamos a hacer? — musitó ella, contrariada.

Jamás había presenciado ningún robo, mucho menos sufrido uno. ¿Qué se debía hacer en esos casos?

— Nada.

— ¿No llamamos a la policía?

Logan negó rotundamente.

— Solo me han robado el teléfono móvil y el dinero — explicó —, las llaves de casa debí de haberlas perdido al caerme al suelo y, aunque se las hubieran llevado no pasaría nada, porque no se han llevado mi carnet de identidad; por lo que no tienen la dirección.

— ¡Pero te han robado el móvil y el dinero!

— Pero estoy vivo, que es lo importante — cortó con seriedad.

Gabrielle no supo muy bien si bromeaba o hablaba en serio.

Al final, se sentó a su lado y lo miró fijamente. El chico parecía haber tenido un día muy duro sospechaba que nada tenía que ver con el atraco.

Su día tampoco había sido precisamente sencillo, pero al menos estaba de una pieza.

— ¿Tienes algo para curar esa herida? — inquirió, poniéndose en pie.

Logan sacudió la cabeza en señal de negación.

— ¿Sabes qué, Gabrielle? — preguntó, mientras se ponía en pie frente a ella

— . ¿Qué te parece si me cambio de ropa y nos vamos a cenar?

Ella dudó.

— No creo que...

— ¡Venga! — gritó, dirigiéndose a su habitación — . ¡Te invito a un perrito caliente!

Aún faltaba mucho para que llegase el día de Navidad, pero Nueva York ya se había teñido para entonces de muchas luces de colores rojizas, ángeles, árboles y todo tipo de adornos y decoraciones. Además, el frío tiempo de la época acompañaba el ambiente.

Logan salió el primero y agarró la puerta del portal para cederle el paso a Gabrielle. Ella se sentía extraña, no solo por el hecho de encontrarse junto a un completo desconocido con el que de la noche a la mañana vivía, si no por estar en la calle. Notó un pequeño copo de nieve caer sobre su nariz y fundirse al contacto con su piel y sonrió.

En aquel último año de su vida, prácticamente se había convertido en una persona con agarofobia. Por algún extraño motivo sentía que, escribiese o no, debía de encontrarse en cada instante sentada delante del ordenador. Por si acaso el bloqueo desapareciera de la noche a la mañana.

— ¿Vamos?

Ella asintió y echó a caminar tras él.

Respiró el aire fresco y frío que le cuarteaba la piel del rostro.

A pesar de las horas tardías, aún quedaban comercios abiertos en las calles y gente realizando las compras de última hora del día. Se anotó mentalmente que debía de hablar con Logan sobre el tema de la comida y la compra y buscar una solución que satisficiera a ambos.

— ¿Hacía cuánto que no salías a cenar?

— ¿Qué? — preguntó ella, distraída, regresando a la realidad.

— A cenar. ¿Hacía cuánto que no salías?

Lo meditó unos instantes.

— No recuerdo la última vez que salí a pasear, imagínate a cenar...

Logan la escrutó con curiosidad, como si ante él estuviera una extraña especie en peligro de extinción.

— ¿No te pareces en nada a mi hermana, verdad?

Ella no supo qué responder.

En realidad, siempre había creído que Ruth y ella se complementaban a la perfección, aunque era evidente que no se parecían en nada. Aquel último día, además, había comenzado a plantearse el verdadero interés que había detrás de aquella relación; ¿amistad? ¿Realmente tenían una amistad?

— Supongo que no — admitió, intentando mantener el ritmo y caminar junto a él.

Pararon frente a un carrito portátil de perritos calientes y pidieron la cena para comer allí mismo. A pesar de que no conocía en absoluto a Logan, Gabrielle no conseguía quitarse de encima la sensación de que el chico estaba intentando distraerse del mal día que había pasado.

— ¿Te has desbloqueado ya? — le preguntó, justo antes de hincarle el diente al perrito.

Ella negó y le imitó.

— Aún no — respondió con la boca llena y una pequeña risita.

La gente continuaba recorriendo las calles, cargados de bolsas, y Gabrielle sentía una extraña sensación de no pertenecer a ese mundo.

¿Qué iba a hacer con su vida si no lograba volver a escribir? No se veía trabajando en una tienda, mucho menos en un puestito de perros calientes ambulante.

— ¿Os apetece un poco de música, muchachos? — preguntó el hombre del puesto.

— ¡Adelante, señor! — respondió Logan con felicidad, segundos antes de un villancico comenzase a resonar por los altavoces del carrito.

“Odio todo esto”, pensó sin poder evitarlo.

Jamás olvidaría aquella Navidad en la que se quedó en la calle.

— ¿Has valorado mi proposición?

Con rapidez y hambrienta, terminó con los últimos resquicios del perrito caliente mientras hacía funcionar su memoria en busca de la proposición de Logan.

— Ya te dije que tengo una buena historia navideña — explicó, al ver que la muchacha no le seguía el hilo — , y que podría valerte para tu relato.

— Aún no sé si voy a escribir un relato.

Jingle Bells comenzó a sonar de fondo en el mismo instante en el que Logan

pedía otros dos perritos. Él también parecía tan hambriento como Gabrielle.

— Deberías hacerlo — continuó — , yo puedo ayudarte.

— ¿A escribir un relato?

— Podría ser... Creo que el problema principal de tu bloqueo se debía a tus escasas salidas al exterior.

Ella carraspeó, sin comprender a dónde quería llegar.

— Yo creo que prefiero quedarme en la caja de zapatos de la tía Margory a jugarme el cuello en Brooklyn — señaló, aceptando el segundo perrito caliente y llevándoselo con ansia a la boca.

Sintió otro pequeño copo de nieve cayendo sobre su frente y alzó la mirada al cielo.

Comenzaba a nevar en Madison Avenue...

— Tengo la mejor historia de Navidad que jamás será contada — rió Logan, entusiasmado — , ¿de verdad no quieres escucharla?

Ella dudó.

— Está bien, le daré una oportunidad — concluyó — , pero cuando regresemos a casa. Empiezo a congelarme... y tu herida a empieza a sangrar.

Las temperaturas junto con el avance de la noche habían caído en picado.

Gabrielle se acurrucó en el brazo de Logan y juntos echaron a caminar de vuelta al piso de Margory, mientras la nevada se intensificaba sobre sus cabezas.

Cuando llegaron al calor del hogar, Logan tuvo la brillante idea de rebuscar

en el viejo armario empotrado del pasillo hasta dar con la caja de adornos navideños de su tía. Según él: “uno no podía escribir sobre la navidad sin tener un ambiente navideño a su alrededor”. Dejó bastante claro que decorar la casa era imprescindible para poder trabajar a gusto y comenzó a desempaquetar todos los cachivaches que encontró

Entre todos los adornos, lograron rescatar unos cuantos espumillones, campanitas doradas, piñas con purpurina y unas tiras de papel dorado que colgaron alrededor del mueble de la sala. Cuando terminaron con ello, ambos se sentaron en el sofá y se quedaron mirando muy fijamente la pantalla de la televisión apagada.

— ¿Quieres que te cuente por qué estoy aquí? — preguntó Logan — ¿Por qué he regresado a Nueva York?

Gabrielle asintió.

— Hace diez años que me marché a vivir y a trabajar a España — comenzó ante la atenta mirada de ella.

Logan se acurrucó en el sofá y ella le imitó.

— Cuando me ofrecieron un trabajo allí ni siquiera me planteé aceptarlo, pero por aquel entonces tenía veinticinco años y no había vivido demasiado. A Ruth le iba muy bien en lo suyo, estudiaba, sacaba buenas notas, ganaba becas... Y yo tenía la sensación de que estaba atascado. De que no avanzaba... ¿Lo entiendes?

Ella asintió con rapidez.

Era exactamente la misma sensación que tenía en esos instantes en su estómago.

— Decidí probar suerte y vivir mi vida, y me marché — continuó — , no fue

una decisión fácil porque dejaba aquí a mi familia, a mis amigos y a mi novia. Esta última se llamaba Valerie, y era la chica más preciosa que jamás había visto en mi vida.

Gabi soltó una pequeña risita.

— En realidad, sigue siendo la chica más preciosa que jamás he visto...
— especificó él, haciendo una pausa soñadora — . Bueno, continuemos con el hilo de la historia. Valerie y yo decidimos continuar con nuestra relación a pesar de la distancia, y cuando yo me subí a ese avión y aterricé en España, seguimos juntos.

— ¿Y funcionó?

— Es muy difícil tener una relación a distancia, aunque durante un tiempo sí que funcionó. Nos llamábamos todos los días y hablábamos durante mínimo una hora cada noche... Pero el tiempo pasaba y es inevitable echar de menos las caricias, el tacto, el sabor, el aroma...

— Me lo puedo imaginar — musitó Gabi, mientras se iba hundiendo poco a poco en el sofá hasta prácticamente quedar sobre las piernas de Logan.

El espacio era sumamente reducido para dos.

— Al final corté con ella — concluyó con tristeza — . Tenía demasiadas chicas a mi alrededor que eran de carne y hueso y que sí podía tocar.

— Pobre Valerie... ¿Le rompiste el corazón?

Logan asintió.

— Mucho. Jamás volví a saber nada de ella.

Gabrielle suspiró, pensando en lo duro que tendría que haber sido para la

chica aquella dura ruptura a la distancia.

Ella había dedicado su juventud a la escritura y no había tenido demasiado tiempo para los hombres — cosa que, de algún modo, agradecía — , pero había conocido en un pasado a dos capullos que la habían destrozado en mil pedazos.

— Conocí a muchas chicas, tuve muchas relaciones y los años fueron pasando hasta que decidí que quería asentar la cabeza.

— Y entonces te acordaste de Valerie...

— Sí, entonces me acordé de ella — suspiró con nostalgia — . Sin darme cuenta, la comparaba con todas las chicas con las que salía y me fui dando cuenta de que ninguna estaba a su altura. Yo..., bueno, han pasado los años y ahora sé que quiero compartir un futuro con ella.

Gabi sintió el calor que emanaba el cuerpo de Logan bajo la manta.

El apartamento estaba a oscuras, únicamente iluminado por la tenue luz de las luces rojizas de Navidad — , y entre las sombras podía distinguir su rostro vagamente. Se preguntó si la persona que Logan andaba buscando sería ella, su antiguo amor...

— ¿Has vuelto para reconquistarla? — inquirió con curiosidad y aires soñadores.

Desde luego, era una buena historia y tenía todo lo necesario para enganchar al lector: amor, esperanza, intriga, y mucha, muchísima, Navidad.

— He vuelto para encontrarla, y quizás, si todo sale bien... reconquistarla.

Poco a poco ambos iban cediendo al sueño...

— ¿Has probado a llamarla?

Logan soltó una risotada, justo antes de propinarle un patada bajo la manta a Gabrielle. Se habían acomodado en el sofá el uno frente al otro, compartiendo el espacio central para colocar sus piernas.

— Claro que lo he probado, listilla — rió — , pero debe de haber cambiado de número de teléfono hace bastante, porque me respondió un hindú que no hablaba demasiado bien nuestro idioma.

— Igual Valerie ha cambiado de religión...

— Y de sexo — señaló Logan.

Gabi soltó otra risotada, con los párpados prácticamente cerrados.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sentía a gusto y despreocupada, ajena a todos sus problemas.

— Bueno, señorito... te ayudaré a encontrar a tu amor — dijo, arrastrando cada palabra pesadamente mientras poco a poco cedía por completo al sueño que la invadía — , pero tú no me pedirás derechos de autoría por la historia.

— Me parece un buen trato, Gabrielle — susurró en voz baja, mientras sentía cómo el cuerpo de la chica que tenía enfrente se deslizaba lentamente por el sofá, invadiendo su espacio — . Dulces sueños...

— Dulces sueños, Logan...

6

Cuando se despertó, estaba encima de él.

Se sintió extraña en aquella situación, aunque no del todo incómoda. De alguna manera había estrechado vínculos con rapidez con Logan, y sospechaba que la idea de vivir con él no iba a resultar tan dura como en un principio había pensado.

No parecía mal tipo, aunque estaba de acuerdo con Ruth en aquellos calificativos que lo describían como un loco soñador.

Cuando se despertó, mirando los espumillones y las campanitas navideñas, no pudo evitar pensar en la historia que la noche anterior le había relatado el muchacho. Se sentó en el sofá con cuidado, evitando despertarle, y meditó sobre ello unos instantes. ¿Merecía la pena ser contaba? Al fin de cuentas, si lo pensaba detenidamente, podía resultar una buena idea de la que partir para un relato. Un joven que después de diez años comprende que dejó escapar al amor de su vida y regresa a “la gran manzana” para reconquistarla y hacerla suya. Unas navidades mágicas en las que el amor y la esperanza siempre flotan en el aire... Podía ser.

Aunque sospechaba que en la vida real aquel asunto iba a ser mucho más complicado de lo que parecía. Realmente..., ¿qué pretendía el hermano de Ruth? ¿Encontrar a Valerie soltera, esperándole y que, nada más mirarle a los ojos se arroje a sus brazos? Gabrielle estaba convencida de que aquella chica había rehecho su vida y enterrado a Logan muy en el fondo de sus pensamientos.

Sacó el portátil con sigilo mientras evitaba reírse de los pequeños ronquidos que reproducía Logan. Mientras se encendía la pantalla de inicio principal, volvió a revisar detenidamente los adornos que habían colocado la noche anterior y tuvo la sensación de que, con tan sólo unas campanitas decorativas, aquel apartamento se veía mucho más acogedor de lo que era.

Abrió el procesador de textos, y decidió comenzar de las más clásicas de las maneras; después ya se preocuparía por modificar los detalles de menor importancia.

“Érase una vez, en plenas Navidades, un muchacho que viajó desde muy lejos para liberar de sus labios un “te quiero”...”

Por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, las palabras fluyeron a través de su mente; sus dedos volaban por el teclado, aún costosamente y a un ritmo mucho menor del que mantenía en el pasado, y poco a poco el procesador de textos se fue llenando hasta terminar una primera página. Después intentó continuar, pero no había nada más. Estaba en blanco.

Releyó el pequeño texto que había escrito y se sorprendió a sí misma al comprobar que no estaba tan oxidada como había pensado. Era un muy buen comienzo para un relato y lo único que le quedaba hacer era continuarlo...

Se levantó y se acercó hasta la pequeña ventana de la salita. Antes de mirar al exterior, examinó a Logan; eran las nueve y media de la mañana y continuaba

durmiendo y roncando. ¿Cómo era posible que durmiese tanto?

Limpió el cristal con el puño de la camiseta y miró al exterior con una sonrisa de estupefacción en el semblante. ¡Era alucinante! ¡Manhattan había amanecido totalmente teñida de blanco!

Podía observar la calle costosamente, pues la nieve y el frío mantenían una capa blanquecina en el cristal. Intentó abrir la ventana, pero estaba atascada. Gabrielle se pegó más al cristal intentando captar cada detalle de aquel paisaje que, a diferencia de la noche anterior, se encontraba desierto, sin un solo alma paseando por las calles. La nieve parecía cubrir buena parte de las entradas de los comercios cerrados. Los vehículos enterrados bajo mantas blanquecinas y, en general, todo parecía cubierto por una sábana lechosa. Se esforzó por abrir la ventana, golpeándola con más fuerza, hasta que al final se rindió.

— ¿Quieres abrirla o romperla? — inquirió Logan, que con aquel estruendo no le había quedado más remedio que despertarse.

Sacó un pie de debajo de la manta y sintió el frío helador que se había adueñado del apartamento. Ahí adentro, con el calor que ambos cuerpos habían emanado y guardado bajo las mantas a lo largo de la noche entera, se estaba muy, muy bien.

— ¡No te imaginas cómo está! — exclamó, emocionada.

Logan terminó por abandonar el sofá y, con la espalda dolorida, se levantó. Había pasado la noche en una muy mala postura y con el peso de Gabrielle sobre su cuerpo; cosa que, evidentemente, le había pasado factura.

— Deja que se encargue de esto un hombre de verdad — bromeó sonriente, justo antes de que Gabi le propinase un pequeño codazo.

Logan tiró del picaporte con fuerza, pero era imposible.

La nieve que se había formado en la esquina estaba congelada y el hielo impedía la apertura de la misma. De reojo, divisó el portátil encendido de la muchacha y no pudo evitar sonreír débilmente; al parecer el bloqueo de Gabrielle había desaparecido.

— ¿No decías que eras un hombre de verdad? — bromeó, guiñándole un ojo.

Logan lo intentó por segunda vez, pero la ventana no estaba dispuesta a ceder con aquella gruesa capa de hielo cubriéndola. Al final, se dio por vencido.

— Ponte unos zapatos — dijo, agarrando a Gabrielle por los hombros — . ¿Para qué verlo a través de la ventana si podemos hacerlo en directo?

Gabi soltó una estruendosa carcajada.

— ¿Esa es la barata excusa que pones? ¿Dónde ha quedado tu hombría?
— le gritó ella, mientras él se dirigía a la habitación — . ¿Tan rápido te has rendido al poder de la ventana?

— ¡Tienes dos segundos para calzarte o te sacaré descalza del apartamento!

Entre pequeñas risas, se colocó los zapatos de monte sobre los gruesos calcetines de lana y se cruzó de brazos esperando a Logan. El chico apareció con unas deportivas y el pijama; tenía tan mal aspecto como ella.

¡Parecían un dúo cómico!

— Venga, vamos...

Cuando salieron del apartamento, Gabi fue consciente de la inminente complicidad que se estaba formando con rapidez entre ellos. Logan era tan sencillo, que era imposible no sentirse cómoda a su lado. Le siguió escaleras abajo mientras escuchaba el murmullo de algunos vecinos en el rellano.

— ¿Qué ocurre? — preguntó ella, asombrada.

Él se encogió de hombros.

Se sorprendieron al encontrar a varios vecinos taponando la salida; o más bien, intentando abrirla. Al igual que las ventanas habían quedado enterradas y ancladas con el hielo y la nieve, la puerta del exterior también.

— Tendremos que esperar a que el sol caliente y derrita la nieve — dijo una mujer, segundos antes de rendirse y subir escaleras arriba en dirección a su hogar — , lo mejor será que esperemos con paciencia.

— ¡Abran paso! — exclamó Gabrielle, bromeando — , ¡ahí va un hombre de verdad!

Logan no pudo reprimir otra carcajada antes de hacerse paso entre los vecinos hasta llegar a la puerta. Era de metal, de esas antiguas que tenían una cristalera con barrotes. Se pegó a ella para observar el exterior y comprobó que la capa de nieve que se había formado fuera quedaba prácticamente a la altura de su cintura. Como bien había dicho la señora, sería imposible abrirla hasta que el sol no comenzase a ablandarla un poco.

— Será mejor que regresemos al apartamento — le dijo con tristeza, mientras tiraba de ella hacia arriba.

Nada más subir, se quitó las botas con decepción.

Pocas veces se había entusiasmado tanto con un poco de nieve y, en realidad, tampoco comprendía por qué se comportaba así en aquella ocasión. Aún con todo, la realidad era que tenía ganas de salir al exterior y disfrutar del paisaje...

Miró hacia Logan, que se había vuelto a enterrar bajo las mantas del sofá. Gabrielle se acercó a él y le imitó.

— ¿Decepcionado?

Él se encogió de hombros.

Se quedaron unos segundos en silencio, contemplando la pantalla apagada del televisor.

Gabrielle pensaba que necesitaba “algo” para poder continuar con aquel relato que tenía comenzado y Logan no podía evitar pensar que los días se acababan y aún no había dado con Valerie. Sus vacaciones de Navidad llegarían a su final en pocos días y después tendría que regresar a España y retomar su vida en el mismo punto que la dejó.

La había buscado en su antiguo apartamento; en él había encontrado a una pareja de chicas estudiantes que desconocían por completo quién había vivido allí antes que ellas. También había dado con el casero, el verdadero propietario de la vivienda, pero resultaba que éste último había comprado el piso por cuatro perras a través de una subasta de embargos.

Por si fuera poco, también había visitado su antiguo gimnasio e, incluso, había suplicado a la recepcionista por un poco de información. Al parecer, los gimnasios tenían una política de confidencialidad muchísimo más seria que incluso la del propio gobierno.

Le quedaban pocas opciones; la biblioteca y las pistas de tenis a las que recordaba que Valerie solía asistir. Aún así, estaba convencido de que la encontraría y de que podría retomar las cosas donde las dejó con ella. Valerie era..., había sido la novia perfecta. La novia inmejorable. Había necesitado muchísimos fracasos en el ámbito del amor para darse cuenta, pero por fin veía claro aquello que quería en su futuro.

La quería a ella.

Se quedó pensativo unos segundos recordando aquellas mañanas de su noviazgo en las que habían discutido por el desorden de Logan; o porque ella se negaba a meterse en la cama sin antes haber fregado los platos de la cena. Era ordenada, casi metódica, y siempre sabía diferenciar lo que estaba bien de lo que no. Era seria, familiar, cariñosa y en los momentos correctos y oportunos, se dejaba llevar y se divertía haciendo alguna locura.

En aquellos años Logan no había buscado una chica de esa clase; si no, más bien, alguien con quien divertirse en la cama y hacer travesuras. Valerie había sido tan buena con él que le había costado trabajo terminar con la relación y ahora... Ahora era realmente consciente de que había perdido a la chica perfecta. A la chica de sus sueños.

Diez años después, Logan sabía que ella era la mujer con la que quería casarse.

— Supongo que en unas horas podrás salir corriendo y continuar con tu búsqueda — lo animó Gabi, propinándole un pequeño codazo —, no te vengas abajo, Logan.

Él volvió a encogerse de hombros, con la vista muy fija en las luces navideñas.

— Oye, Gabrielle... — dijo él, girándose hacia ella — . ¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella sonrió.

— Claro.

— No tiene nada que ver con mi búsqueda de Valerie ni con tu relato... es sobre ti...

Gabi se acomodó en el sofá, tapándose hasta el cuello con la manta de lana mientras se preparaba para el interrogativo. Con la cabeza, le indicó que continuase.

— ¿Por qué odias tanto la Navidad?

— No la odio... Es solo que...

Se quedó en silencio unos segundos, pensando bien la respuesta mientras se abrigaba aún más.

Hacía tanto frío en la caja de zapatos de la tía Margory, que al hablar liberaba vaho.

— Resulta que en Navidad todo el mundo tiene las expectativas muy altas — continuó, mirándole fijamente con una sonrisa — . Es decir, tú esperas encontrar a tu amor, mi familia espera tener una buena comida, paz y felicidad... Todo el mundo espera que las cosas sean perfectas, acertar con los regalos, que no ocurran tragedias y que los milagros se produzcan esos días.

— ¿Y eso es malo? — replicó Logan — . Creo que la gente necesita creer...

— No sé si es malo o no, pero yo prefiero ser realista. Es decir... ¡Mírame! — exclamó, risueña, señalando el sofá en el que se encontraban — . He perdido todo lo que tenía y se me agota el tiempo...

Logan señaló el portátil con el ceño fruncido.

— Me había parecido que...

— No voy a escribir la novela en un mes; y lo importante es la novela, no el relato — señaló, sin dejarle continuar.

Volvieron a quedarse en silencio, contemplando aquella pantalla vacía y

negra, sin saber qué decirse.

— Entonces... — se aventuró Logan, mirando los ojos azules de la chica fijamente — , ¿qué debería de pensar yo, Gabrielle? ¿Qué no encontraré a Valerie?

Ella se mordió el labio, evitando reproducir en voz alta lo que pensaba al respecto.

Habían pasado diez años desde que Logan había dejado a Valerie y diez años eran muchísimo tiempo. Seguramente aquella mujer estaría casada, con hijos, o quizás incluso se habría podido marchar de la ciudad en algún momento de su vida.

Logan buscaba ese milagro que todos quieren vivir en Navidad; encontrar el amor por cualquier medio.

— Respóndeme... — instó, agarrándola del brazo.

— Estoy seguro de que la encontrarás — le dijo — , eres demasiado cabezota para rendirte de buenas a primeras.

Él soltó una carcajada y ella lo acompañó.

El chico comenzaba a caerle realmente bien y ella no quería ser la persona que hiriese sus sentimientos.

— Me habían llamado muchísimas cosas, pero nunca jamás cabezota.

7

— ¿Probamos suerte?

Gabrielle asintió.

Se calzaron las zapatillas y bajaron con rapidez hasta el portal.

Eran la una del mediodía y hacía bastantes horas que los vecinos se habían rendido y habían regresado a sus hogares, resguardándose del frío.

Ellos, en cambio, poco más podían hacer que insistir.

Logan se acercó a la puerta y, apoyando en ella el peso íntegro de su cuerpo, empujó. La nieve aún continuaba a la altura de su cintura y el cielo parecía encapotado por completo. A ratos, desde la ventana del apartamento, habían visto cómo la nieve continuaba cayendo.

— ¿Y si probamos los a la vez? — propuso Gabi.

Logan valoró la idea unos instantes.

Era lo único que les faltaba por probar...

— Está bien — admitió, colocándose al lado de la chica — . ¿Vamos a la de

tres?

Ella asintió.

— Una... Dos... ¡TRES!

Corrieron el metro de distancia que les separaba de la puerta y se tiraron simultáneamente contra ella. El golpe fue estruendoso y sumamente doloroso; y ambos cayeron derribados al suelo, entre quejidos de dolor y una pequeña risa con la que admitían bochornosamente su ridículo intento de apertura.

— Volvamos en una hora... — se rindió Logan, tendiéndole la mano para que se levantase del suelo.

— Me parece bien — respondió Gabi, dolorida.

Desde luego, no había sido una buena idea.

Regresaron al calor del sofá y se enterraron bajo las mantas.

Por muy cerrado que estuviera el apartamento, el lugar era antiguo y las ventanas no contaban con modernidades como el PVC. El frío se colaba por las rendijas y cuando el viento soplaba, una inevitable corriente se formaba entre la ventana de la sala y la puerta de entrada.

Inconscientemente, Gabi se juntó más a Logan, en busca de calor corporal. Ninguno de los dos le dio importancia a lo unidos que se encontraban allí metidos, resguardándose del frío.

— ¿Qué te parece si jugamos a las adivinanzas? — propuso Gabi, incapaz de soportar más aquel silencio.

Se sorprendió a sí misma con aquella proposición, pues no recordaba la última vez que había jugado a aquello. Quizás en su adolescencia, o incluso

de niña.

Se rió mentalmente diciéndose a sí misma que aquellos últimos meses de aislamiento le habían afectado en exceso.

— Me parece buena idea... ¿Adivinanzas navideñas?

Gabi frunció el ceño.

— Yo no he dicho nada de navideñas — protestó con un puchero demasiado infantil para su edad.

— Tienes que empezar a ceder, Gabrielle... Te recuerdo que el relato de Navidad no se escribirá solito...

— Está bien, está bien...

El tiempo pasó entre juego y juego.

A las tres del mediodía, Logan improvisó unos malísimos sándwiches de pavo y queso que evitaron que el león que Gabrielle tenía en el estómago continuase rugiendo. No era demasiado, pero la nevera escaseaba en provisiones y el muchacho hizo lo que pudo.

A las cuatro decidieron volver a probar suerte; pero el temporal había empeorado muchísimo y la nieve no sólo no se había derretido, si no que, además, había aumentado de nivel.

Buscaron un radiador que funcionase por todas las esquinas de la casa hasta que perdieron la esperanza, y después regresaron al calor del sofá y volvieron a acurrucarse bajo las mantas, manteniendo ambos cuerpos muy juntos.

Logan le caía bien; y era un sentimiento mutuo.

— Tengo una idea — anunció él, justo después de una terrible charla sobre

Ruth.

Al parecer, había muchas cosas que Gabi desconocía de su amiga. Algunas las estaba descubriendo por sí misma, sin necesidad de que nadie le iluminase, pero aún con todas le costaba creer que Ruth, “su Ruth”, fuera tan egoísta y tirana para comportarse de aquella manera mezquina y haberla abandonado de buenas a primeras. A Logan nada parecía extrañarle si la cosa venía de su querida hermanita.

— ¿Qué idea?

El chico se levantó, protestando por el frío que hacía fuera de las mantas, y se acercó a los armarios de la cocina. Sonriente, alzó en el aire una botella de vodka para mostrársela a Gabrielle.

— ¡No! — exclamó jovial Gabi, negando rotundamente con la cabeza.

— Venga... — replicó él.

Regresó al calor de las mantas y se juntó a Gabi inmediatamente, ansioso por recuperar el calor que le proporcionaba el contacto entre ambos cuerpos. De alguna manera, se habían acostumbrado a aquel roce y ninguno de los dos lo encontraba extraño o forzado. Todo se reducía a pura supervivencia.

— Nos hará entrar en calor — murmuró sonriente.

Ella se quedó mirando fijamente como él le propinaba el primer trago a la botella.

— ¿Qué tal?

— Asqueroso — confirmó él, con cara de repugnancia.

Pero al menos en una cosa había acertado; poco a poco les iban sobrando las

mantas y aumentaba el calor.

Cuando llevaban media botella consumida entre chupito y chupito, el rostro de Logan se iluminó por completo.

— No lo digas... — se apresuró Gabi, tapándole la boca al muchacho con la mano.

Él sonrió sin comprender qué hacía ella.

— ¡No lo digas, no lo digas! — repitió entre risotadas la chica.

El alcohol comenzaba a hacer mella en ellos y los efectos secundarios se empezaban a dejar ver. Además, Gabrielle era incapaz de recordar la última vez en la que había bebido alcohol. Ni siquiera un traguito.

— ¿Qué no diga, qué...? — musitó, arrastrando cada silababa costosamente.

Gabi se quedó mirándole fijamente, justo antes de tocar la punta de su nariz con el dedo índice. Logan no pudo hacer otra cosa que saltar en carcajadas.

— Se te ha iluminado la cara — le dijo ella, evidenciando sin vergüenza el mal estado en el que se encontraba a esas alturas — , y eso significa que has tenido una idea... ¿verdad?

— ¿Se me ha iluminado la cara? — repitió Logan, incapaz de contener la risa.

Gabi asintió muy seriamente.

— Está bien... ¡Lo confieso! — rió él — . ¡He tenido una idea!

Ella, risueña, saltó del sofá y se puso de pie.

Señalando acusatoriamente con el dedo, continuó.

— ¿Ves? ¡LO SABÍA!

Logan se estiró en el sofá, invadiéndolo por completo sin poder contener el ataque de risa que se apoderaba de él. Desde luego, eso de beber vodka había sido una brillante idea. Aquello comenzaba a resultar muy, muy divertido.

— Peeeeeeeeeeero... — continuó Gabi, arrastrando cada sílaba y señalándole, con una sonrisa pícaro de niña traviesa — , ¡te he dicho que no lo digas!

— ¿Por qué no? — protestó él.

Logan alargó el brazo para atrapar a Gabrielle que, escurridiza, lo esquivó dando un paso hacia atrás.

— Porque nunca tienes ideas buenas...

Él, sonriente, se levantó del sofá con aire amenazante.

— ¿Qué has dicho? — preguntó con voz muy seria.

Evidentemente, estaba bromeando; pero Gabrielle decidió seguirle el juego. Borró su sonrisa, cruzó los brazos en jarras, y con voz dura le respondió.

— Lo que has escuchado. Tus ideas son... ¡pésimas!

Logan caminó otro paso al frente, aun manteniendo la seriedad de su rostro mientras el espacio entre ambos se acortaba y una extraña electricidad se formaba entre ellos.

Fue en aquel instante cuando Gabrielle dejó aflorar lentamente su sonrisa y comprendió que, por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, estaba disfrutando. Se estaba dejando llevar, se estaba divirtiendo y...

Gabi suspiró hondo, justo antes de romper el arrebatador momento que se había formado propinándole un manotazo juguetón en el pecho.

— Cuéntame tu idea, anda...

Él de devolvió la sonrisa y regresó al sofá, junto a ella.

— Saca el portátil — dijo — , creo que podemos aprovechar la tarde para avanzar con ese relato.

Gabi, que por alguna extraña razón había perdido su repentino buen humor y se había sumido en un estado semi-taciturno, asintió.

Colocó el portátil sobre sus piernas y abrió el procesador de textos, mostrándole a Logan la pantalla. Aunque la muchacha no había avanzado mucho, había relatado un comienzo y no iba mal encaminada...

Él, haciendo un esfuerzo por ordenar sus pensamientos, comenzó a relatarle el momento en el que fue atracado en Brooklyn. Estaba convencido de que el casero de aquellas estudiantes podría darle alguna pista para llegar hasta Valerie. Al fin y al cabo, cuando una persona le arrenda una vivienda a otra solicita los datos básicos como el teléfono o el número del carnet de identidad. Hasta aquel entonces no sabía muy bien en qué tipo de barrio se metía; desde luego, no en la mejor zona... No le atracaron hasta después de hablar con el chico y que éste — un gordo cervecero con una camiseta interior amarillenta que dejaba a relucir sus lorzas bajo ella — le explicase que había “pillado un buen cacho” haciéndose con esa “choza” por “cuatro perras mal pagadas” para después alquilarlo.

Se marchó un tanto desanimado, pero después recordó que Valerie llevaba una lista de tareas que cumplía a rajatabla diariamente y se le ocurrió visitar su gimnasio. Estaba regresando al escarabajo que su hermana le había prestado cuando dos hombres le sorprendieron por la espalda. Llevaban gorros altos y los cuellos de las sudaderas subidas hasta la nariz; de manera que camuflaban su rostro.

— Danos lo que tengas, blanquito, porque si no te rajamos de arriba abajo...

Logan pensó que tan solo era una amenaza; a primera vista, no tenían demasiado aspecto de matones. Además, al chico que portaba la navaja le temblaba la mano y su mirada casi parecía más asustada que la de Logan. Aún así, les dio el dinero. Después salieron corriendo, no sin antes empujarle y derribarle al suelo — así se hizo el corte —, y cuando se subió en el escarabajo comprobó que en algún momento se había quedado sin llaves de casa.

— Y entonces viniste aquí...

— No — cortó —, entonces fui al gimnasio.

— ¿Con el corte en la cabeza?

Logan continuó relatando los hechos.

Cuando llegó al gimnasio, la recepcionista lo escrutó de arriba abajo con mala cara y supo de inmediato que su presencia no resultaba grata en aquel lugar. Aunque Valerie no tenía demasiado dinero, invertía en aquello que le gustaba; hacer deporte era una de esas cosas, así que acudía a uno de los gimnasios más exclusivos de la zona.

Preguntó por ella y si la recepcionista reconoció su nombre lo supo disimular muy bien; aún así, no se rindió y le suplicó que la buscase en el sistema.

El tiempo iba pasando y tendría que volver a España, así que si la mujer le decía que Valerie continuaba registrada, Logan acamparía en la misma puerta del gimnasio día y noche hasta verla aparecer. La recepcionista, con cada vez menos amabilidad, le indicó que no podía proporcionarle aquella información y añadió que, quizás, precisaba más los cuidados en un hospital que un gimnasio. Logan insistió, le suplicó, e incluso le relató la historia de cómo estaba intentando recuperar al amor de su vida. Aún así, no hubo manera.

— ¿Cómo sabes que es el amor de tu vida? — cortó Gabi, dejando de lado simultáneamente la historia.

Él guardó silencio unos segundos, después sonrió.

— Porque he conocido a demasiadas chicas, Gabrielle, y tengo dónde comparar — explicó con rapidez — . Si nada más conocerla me hubiese quedado con ella, a su lado, jamás la hubiera valorado como lo merece.

— ¿Por qué no? También habrías madurado y comprendido lo valiosa que era ella para ti.

— No lo entiendes... He conocido a tantas chicas... Y en el fondo sentía que todas eran iguales y que todas buscaban lo mismo — continuó — . Si yo buscaba algo divertido, ellas se convertían en chicas divertidas, si buscaba formalizarme y una persona seria, de repente todas eran muy serias y formales. Solo buscaban engatusarme y fingir ser algo que no era, cosa que tarde o temprano se descubriría...

Gabi había dejado de teclear y miraba a Logan muy seriamente.

— No lo entiendo...

— Hubo una chica a la que le conté todo; le dije que me arrepentía de haber cortado con Valerie y que pensaba que jamás encontraría a nadie como ella... De repente, comencé a darme cuenta de que esa chica no era perfecta, pero casi lograba serlo. Educada, inteligente, guapa...

— ¿Y entonces?

— Entonces nos fuimos a vivir juntos y me di cuenta de que todo había sido una mentira. Era desordenada, protestaba por todo, le gustaba vagar a todas horas y comía el pan tostado del desayuno en el sofá, manchándolo todo de

migas.

Gabi saltó en carcajadas, incrédula.

— ¿Te estás escuchando, Logan? — replicó ella.

— ¡Claramente!

Ella guardó silencio valorando todo lo que él le decía.

No tenía sentido... En realidad, ni siquiera parecía que estuviera enamorado de Valerie, si no de su forma de ser. Buscaba un prototipo de chica y ella encajaba en ese canon; nada más.

— ¿Y si Valerie ha cambiado? ¿Y si ya no es la chica seria, metódica, ordenada y divertida a ratos que conociste en el pasado? ¡Diez años es demasiado tiempo, Logan!

Él se acercó a ella y prácticamente en un susurro, con aire soñador, le respondió:

— Entonces seguirá siendo la chica más preciosa que jamás haya visto, y la seguiré amando.

Gabrielle se quedó mirando sus ojos brillantes fijamente y se mordió el labio, dispuesta a no protestar.

Quería decirle que los años no pasaban en vano, que en diez años podía cambiar mucho el aspecto de una persona y que nada de lo que decía tenía ni pies ni cabeza. Pero aunque lo hubiera dicho, él no hubiera entendido que nada tenía sentido porque el amor en sí tampoco tenía el más mínimo sentido. Logan no sólo estaba enamorado del prototipo de chica que era Valerie, si no del simple hecho de estar enamorado. Logan estaba enamorado de la idea de estar enamorado. Quería amar. Quería encontrar el amor verdadero y formar parte de un “todo”.

— ¿Sabes, Gabrielle? — murmuró Logan, justo antes de darle otro trago a la botella casi vacía de vodka — , cuando te enamores comprenderás a qué me refiero. No tiene porque encajar todo, solamente es necesario sentir... y yo siento, siento mucho por Valerie. Un día te despertarás al lado de una persona y comprenderás que es con esa mirada con la que quieres amanecer el resto de tus días... Aunque solo la conozcas de unas horas o de unos días. Lo sentirás, porque eso se siente.

Gabi asintió, mientras una extraña sensación de hormigueo se formaba en su estómago.

— Supongo que tienes razón — acertó a decir, agarrando la botella de vodka y vaciándola en el interior de su boca.

Tenía que igualar el estado de alcoholismo de Logan para hacer lo que iba hacer.

— ¡Eh, eh, vaquera! — bromeó él, con la voz gangosa — , ¡frena un poco!

Ella soltó una risita y se acercó más a su rostro, acortando el espacio que les separaba hasta rozar con la punta de su nariz la de Logan.

— ¿Gabrielle, qué...?

Antes de que pudiera continuar con el interrogante, se lanzó a sus labios. Sintió la sequedad del alcohol en la boca de Logan y repasó la comisura de sus labios con la lengua, humedeciéndolos.

Él, un tanto sorprendido, se separó unos centímetros de ella para contemplarla y Gabi pudo comprobar que sus ojos chispeaban, deseosos. Volvió a hundirse en sus labios, jugueteando con su lengua mientras poco a poco iba ganando terreno hasta colocarse sobre él.

La manta de lana cayó en los pies del sofá; pero tampoco importaba. Estaban

lo suficiente borrachos para no sentir los estragos del frío. Logan comenzó a subir las manos lentamente, repasando la silueta de la chica con ellas mientras el apetito por poseerla comenzaba a crecer en él. Gabi, un tanto confusa por su propio comportamiento, se rindió al momento permitiéndose disfrutar de él. No era capaz de recordar la última vez que había compartido su cuerpo con un hombre, y pensaba disfrutarlo.

Pensaba disfrutar mucho de Logan...

Comenzó a balancearse lentamente sobre él, sintiendo el calor que ascendía por sus entrañas mientras las manos de Logan acariciaban su espalda. Se quitó la camiseta y después se levantó de sus piernas para terminar de desnudarse.

Logan la repasó de arriba abajo con la mirada, deseoso y hambriento. Después la imitó; se levantó del sofá y ante la vigilante mirada de Gabi, terminó por desnudarse. Caminó un paso hacia ella hasta que ambos cuerpos se rozaron, y después la abrazó con ansia, hundiendo las manos en su fino cabello castaño mientras sus senos se aplastaban contra su pecho y sus bocas, sedientas, se buscaban.

— Gabrielle... — ronroneó él, sin dejar de tocarla — , eres preciosa...

Ella no necesitó una palabra más para rendirse a él.

8

Gabi amaneció en el suelo de la salita del apartamento de la tía Margory. Concretamente, entre el sofá y el pequeño mueble que contenía el televisor. Cuando abrió los ojos, se sorprendió al comprobar la luminiscencia que se colaba por la ventana. Era muy tarde; casi las diez de la mañana.

Escuchó el sonido de la cubertería resonar por encima de su cabeza y supuso que Logan se encontraría preparando el desayuno. Cuando se fue a levantar y se destapó de la manta, fue consciente de que estaba completamente desnuda sobre la alfombra. Poco a poco las imágenes de la noche anterior fueron apareciendo en su cabeza; y aunque se decía a sí misma que aquello había sido un completo error, una parte de ella no podía evitar sentir... ilusión. Aunque lo intentase, no habría podido explicar el por qué de dicho sentimiento. Era algo agradable y que, a su vez, daba muchísimo miedo.

Se tapó con la sábana, enrollándosela alrededor del cuerpo, y asomó la cabeza por encima del respaldo del sofá. Logan, en la encimera, cocinaba lo que parecían ser unos huevos revueltos mientras canturreaba y bailaba animado. Gabi decidió aprovechar lo concentrado que estaba para vestirse con su pijama, antes de saludar.

—¡ Buenos días! — exclamó, apoyándose en la encimera que separaba la cocina de la sala.

Logan se giró hacia ella con una sonrisa.

— Buenos días, bella durmiente... — respondió, de un aparente buen humor.

Gabrielle no pudo evitar preguntarse si aquella sonrisa se debía a lo que había sucedido entre ellos o tenía alguna otra razón de ser que desconociese.

Sin querer estropear el momento con tanta rapidez, decidió no preguntar al respecto. Con los años había descubierto que era la mejor manera de no escuchar algo que no se quería.

— ¿Qué cocinas?

En ese instante, Logan dejó caer el contenido de la sartén sobre un plato y luego traspasó la mitad del contenido a otro. Se lo acercó a Gabrielle en señal de respuesta, justo antes de colocar sobre la encimera dos vasos de agua.

— ¡Bon appetit, mad muasel!

— Un chico de mundo... — respondió, llevándose el tenedor en la boca.

Divisó al fondo del salón la botella de vodka vacía tirada en el suelo y Gabi no pudo evitar preguntarse cómo era posible que no tuviera resaca. A pesar de lo mucho que había bebido y de la borrachera que había cogido, aquel día se sentía indudablemente bien. Renovada. Descansada. Feliz.

— Un chico con recursos — señaló Logan, justo antes de propinarle un par de palmaditas a un listín telefónico.

Ella frunció el ceño sin comprender a qué se refería.

— ¡El número de Valerie tiene que aparecer en el listín! — exclamó, emocionado — . ¡Solo tengo que llamar a todas las personas que se apelliden como ella!

Gabi se quedó helada, aunque se obligó a sonreír y llevarse el tenedor a los labios.

Al fin y al cabo, ¿qué esperaba? Habían dormido una noche juntos, nada más.

Y sabía lo enamorado que Logan estaba de aquella chica...

— Vale, te ayudaré — concluyó, sin desdibujar esa forzada sonrisa de su rostro.

Se terminó el desayuno con esfuerzo, mientras la ilusión sin sentido que se había formado en su estómago se deshacía con cada mordisco de rebanada de pan. Se recriminó a sí misma, mientras le escuchaba a Logan parlotear acelerado entre bocanadas de huevo revuelto, su comportamiento infantil y sin sentido. Estaba mayorcita para llevarse esas decepciones; más aún con Logan.

Punto número uno: casi no se conocían, lo que hacía ridículo el simple hecho de sentir algo hacia él.

Punto número dos: había sido ella quien se había lanzado como una loba a sus brazos, justo después de escucharle decir que amaba a otra chica. ¿Qué sentido tenía aquello?

Punto número tres: ... El punto número tres era una mezcla del uno y el dos, pero diciéndose a sí misma que era realmente una imbécil. ¡Una auténtica imbécil!

— ¿Por dónde empiezo a buscar? — inquirió Gabi, abriendo el listín telefónico sobre sus piernas.

— K de kilo, se apellida Kelley.

Se repitió a mentalmente el nombre de aquella chica que tan calado tenía a Logan incluso diez años después: Valerie Kelley. Tenía nombre de actriz; era una de esas combinaciones que tenían gancho y sonaban bien al escucharlas.

Repasó lentamente las páginas y fue dejando atrás el resto de las letras hasta llegar a la K, mientras Logan trasteaba por los armarios del mueble de la sala en busca de un bolígrafo para ir tachando.

Gabrielle, que estaba intentando mantener la naturalidad, se repetía a sí misma que todo aquello serviría para terminar su relato. Si encontraba a Valerie y resultaba que los sentimientos del muchacho eran correspondidos, tendría una historia real con un final apoteósico que cualquier lector querría leer. Otra parte de ella le recordaba que seguramente todo aquello no tendría un final tan dichoso como Logan esperaba, y entonces...

— ¿Logan?

Él continuaba rebuscando, sacando el contenido de los cajones y depositándolo solo la alfombra.

— Dime, Gabrielle...

— ¿Qué harás si ella te dice que no quiere saber nada de ti?

Por unos instantes, el muchacho se quedó inmóvil hasta después girarse hacia la chica.

Parecía plantearse por primera vez aquella cuestión, aunque quizás simplemente se trataba de no querer expresarlo en voz alta.

— Ya te lo dije — le recordó —, si ella no quiere saber nada de mí, regresaré a España y seguiré con mi vida.

Gabi asintió, como si aquello tuviera sentido.

— ¿Y si te dice que quiere volver a intentarlo? — insistió, imaginándose todas las variantes posibles —, ¿regresarás a España? ¿Le pedirás que se marche contigo? ¿Intentaréis que funcione a distancia?

Él guardó silencio, planteándose la pregunta.

Unos segundos después, ya con un bolígrafo y el rostro empañado de victoria, sonrió y respondió.

— No, no cometeré el mismo error dos veces. Regresaré a Nueva York.

Desde luego, la historia tenía todos los ingredientes para un final feliz.

Solo faltaba que el destino les echase un cable y guiase el curso de los acontecimientos.

Se sentó junto a Gabrielle y cogió el teléfono con ambas manos, preparado para marcar los números.

— ¿Vamos a por ello?

Gabi asintió, mientras le dictaba el primer número de teléfono en voz alta.

Se quedó en silencio, escuchando los pitidos que le llegaban incluso aunque Logan tuviera el auricular del teléfono pegado en la oreja. Una parte de ella deseaba que Valerie respondiera el teléfono, otra parte oscura y negra deseaba que jamás se reencontrasen.

— Sí, hola... — dijo Logan cuando una persona respondió la llamada.

A Gabi le pareció que era un hombre, aunque la voz le llegaba muy débilmente.

— Siento molestarle, pero estoy buscando a Valerie Kelley... Sí, sí... No, ella se llama Valerie...

Logan hizo una pausa de dos segundos, después continuó.

— Vale, gracias... Siento haberles molestado.

Se quedó mirando a Gabrielle con el rostro teñido de decepción; después, al

final, sonrió.

— Un número para tachar — concluyó.

Ella le devolvió un guiño para animarle y comenzó a dictarle la siguiente serie numérica, preguntándose cómo demonios podían existir tantas familias con el apellido Kelley en Manhattan.

Algunos respondían el teléfono, otros no.

Entre tanto, Gabi iba tachando de la lista a aquellas familias en las que no existía ninguna Valerie y redondeando aquellos números de teléfono en los que nadie contestaba el teléfono.

— ¿Vivirás en la caja de zapatos de la tía Margory si decides quedarte?

Logan lo pensó unos instantes.

— En España tengo un buen sueldo, pero no cobraré demasiado si me marchó y renuncio al empleo, así que tendré que buscar otra cosa cuanto antes... Mientras tanto, no tendré otro remedio que seguir viviendo en la caja de zapatos — rió.

Ella lo sopesó unos instantes.

— No te preocupes, Gabrielle — bromeó él, propinándole un pequeño codazo — , te dejaré vivir conmigo todo el tiempo que quieras.

Eran las seis de la tarde y en el exterior brillaba el sol, aunque las aceras neoyorkinas continuaban cubiertas de una capa resbaladiza de nieve.

Después de repasar el listín telefónico de los Kelley de arriba abajo sin resultados aparentes, decidieron tomarse un pequeño descanso.

Gabi encendió el portátil y repasó superficialmente aquello que habían escrito

el día anterior en el procesador de textos; aunque la borrachera había dejado sus huellas esparcidas aquí y allá por el relato, la cosa no estaba nada mal. En absoluto. Lo releyó un par de veces y procuró realizar en él las correcciones apropiadas. Después se quedó mirando fijamente la pantalla, mientras una sonrisa de satisfacción personal se iba iluminando en su rostro.

¡Lo había conseguido!

Desde luego, aún quedaba mucho que contar. Tenía que añadir la búsqueda del listín telefónico, las heladas navideñas y la nieve neoyorkina, y después el esperado final. Pero no podía evitar pensar que lo “difícil” ya estaba hecho y sentirse orgullosa de sí misma por haberse desbloqueado.

De reojo, sin que él se dieran cuenta, desvió la mirada hacia Logan y se quedó observando cómo éste intentaba arreglar la anticuada televisión de la tía Margory. Como parecía que la estancia de ambos en el apartamento se iba a prolongar hasta previo aviso, el chico había decidido solucionar la avería del televisor.

— Tenemos que mantenernos informados por algún medio, ¿no crees? — le dijo, antes de ponerse manos a la obra.

Y tenía razón.

Aunque hasta entonces no lo había echado de menos, la realidad era que ni siquiera tenían internet. ¿Qué persona sana en una ciudad como Nueva York sobrevivía un solo día de su vida sin internet? Después de pensarlo unos instantes, concluyó que con la información que los noticieros de la televisión le proporcionasen sería más que suficiente para mantenerse al día.

Al fin y al cabo, Gabrielle pertenecía al grupo de chicas “extrañas” que llegaban a considerarse “extraterrestres” para la sociedad por no tener redes sociales.

— ¿Soy un genio, Gabrielle? — inquirió Logan, bromeando, aún con la cabeza hundida tras el televisor.

Fue consciente en aquel instante de que él siempre la llamaba “Gabrielle”, que jamás utilizaba el diminutivo de “Gabi” cuando se dirigía a ella. Podía resultar una tontería, pero no recordaba a nadie que no hubiera terminado acertando su nombre de alguna manera; “Gab”, “Gabi” o incluso “Elle”.

— No lo sé... — le respondió, aún sin apartar la vista del chico — . ¿Eres un genio, Logan?

Él respondió con una pequeña risita...

— ¡Ahora lo sabremos! — exclamó.

Segundos después, como por arte de magia, todos los aparatos se volvieron locos y comenzaron a funcionar. La pantalla del televisor se iluminó, mientras la modelo que presentaba “la suerte de la fortuna” aparecía en la pantalla con un diminuto vestido de flores. Por otro lado, el teléfono móvil con el que Logan había realizado cada llamada a los Kelley también empezó a silbar.

Gabrielle sintió, sin motivo alguno, que todo a su alrededor quedaba suspendido en el aire. Lo único que escuchaba era la voz de la presentadora, canturreando alguna tontería de fondo.

Vio cómo Logan salía del hueco del televisor y se lanzaba a por su teléfono móvil, ansioso por volver a escuchar después de tantísimos años la dulce y melódica voz de Valerie.

— ¿Sí? — preguntó, prácticamente con un hilillo de voz.

Gabi, expectante, se quedó paralizada y en silencio.

— Sí, claro — respondió después con naturalidad — , ahora mismo te la paso, hermanita...

Torciendo una mueca de desilusión, estiró el brazo para entregarle el teléfono a Gabrielle.

Como no; era Ruth.

— ¿Hola?

— ¡Menos mal que consigo localizarte! — exclamó su agente literario, con cierto tono de alivio en el timbre de su voz — . ¿Cómo va el tema del relato?

— Va bien...

— ¡Genial! — se apresuró a responder — . Aceptaré la propuesta y seguiré buscando cosas pequeñas para que vuelvas a resurgir, Gabi... ¡Parece que volvemos a encaminarnos!

— Sí...

— Sobre el tema de la novela, olvídalo, ¿vale? He hablado con la editora y he llegado a un acuerdo satisfactorio para todos, no tendrás plazos de entrega pero hemos firmado una exclusividad con ellos. Cualquier texto que supere las veinte mil palabras será para ellos — dijo, hablando con rapidez — . ¿Te parece bien, Gabi? Es lo mejor que he podido conseguir...

Ella se quedó en silencio, preguntándose si de verdad Ruth llegaba a considerarla una amiga o si aquel sentimiento tan solo le pertenecía a ella.

Cuando había respondido la llamada, había esperado un “qué tal la adaptación”, “¿te trata bien mi hermano?”, “espero que no te duela la espalda durmiendo en un sofá”... Pero nada. Todo se reducía a trabajo.

Se dijo, dolida, que quizás esa amistad que había surgido tiempo atrás entre ellas había tenido un trasfondo puramente egoísta por parte de Ruth; al fin y

al cabo, ella había sido una importante escritora de éxito y todos los agentes literarios se habían enzarzado en una lucha por conseguir que firmase un contrato. Y ahora..., ahora simplemente quería mantenerla como clienta por si volvía a pegar el pelotazo.

— ¿Gabi, querida, estás ahí?

— Ajá... — respondió, pensativa.

— ¿Has escuchado todo lo que te he dicho?

Alzó la mirada y se chocó con Logan, que sonreía hacia ella con un gesto compasivo que reflejaba algo parecido a un “te lo advertí”.

— Sí, Ruth, te he escuchado — respondió, armándose de valentía — , pero te agradecería que no volvieras a acordar nada sin antes consultármelo a mí.

— ¿Co... Cómo?

Si aquella relación tenía un interés únicamente profesional, más le valía espabilar a tiempo. Respiró hondo y continuó.

— Creo que debería formar parte de ese tipo de decisiones, ¿no crees? Al fin y al cabo, yo soy la escritora.

— Sí, claro... — respondió Ruth, un tanto impresionada.

— Tengo que dejarte, hablamos luego.

Gabi cortó la llamada con un remolino de sentimientos apoderándose de ella: orgullo, valentía, tristeza, pena...

Él, que aún la miraba fijamente, dio una paulatina palmada que captó la atención de Gabi, después una segunda y así sucesivamente hasta que comenzó a aplaudir con mucha fuerza.

—¡ Enhorabuena, Gabrielle! — exclamó sin dejar de dar palmadas — . Creo que eres la primera persona que le planta cara a la arpía de mi hermana.

Ella asintió y sonrió, pero sus ojos reflejaban algo muy diferente a lo que intentaba mostrar al exterior. Poco a poco se le fueron empañando hasta que un reguero de lágrimas comenzó a deslizarse por su rostro.

— ¿Qué...? — inquirió Logan, cesando los aplausos.

— Creo que acabo de darme cuenta de que mi única y mejor amiga no es lo que yo creía — murmuró, mientras el llanto se acentuaba — . Creo que estoy sola, Logan.

Él no supo cómo reaccionar y se quedó mirándola, embobado, varios segundos. Al final se acercó hasta ella y sin decir nada, la envolvió en un cálido abrazo.

Gabi pensó, sintiendo los fuertes y musculados brazos de Logan aprisionándola, que había llegado la hora de madurar en la vida y enfrentarse a sus problemas. Que todo lo que había creído real, no había sido más que una cubierta que se había formado con fantasías para engañarse a sí misma y pensar que tenía todo lo que necesitaba en la vida. Supuso que cualquier persona que descubría que estaba sola en el mundo recibía un duro golpe, y que quizás tanto dinero y tanta fama no habían hecho otra cosa más que arrastrarla hacia un hoyo oscuro de soledad.

Estiró los brazos, rodeó la cintura del chico y se hundió en su pecho, empapando su camiseta de lágrimas. No sabía si era un abrazo falso, un vago consuelo que segundos después desaparecería de su memoria al igual que había olvidado aquella noche que habían compartido sobre la alfombra de la caja de zapatos de la tía Margory. Lo que sí sabía era que, fuera lo que fuese, en aquellos instantes se había convertido en su flotador salvavidas; en esa

cuerda que estiraba de ella hacia la superficie impidiendo que se ahogase en las profundidades de un océano negro.

9

Cuando el sol caía, el frío se colaba por cada esquina del apartamento. Gabrielle y Logan se mantenían profundamente enterrados bajo capas y capas de mantas, en el sofá. Las luces navideñas y las campanitas decoraban el salón de la difunta tía Margory y desde allí, enroscados en un abrazo de consuelo que no necesitaba palabras, podían observar cómo la nieve caía del cielo para teñir de blanco Nueva York.

A aquellas navidades no les faltaba ni un solo ingrediente para ser perfectas; excepto, quizás, encontrar el verdadero amor.

La televisión estaba encendida de fondo mientras las aventuras de “El Grinch” intentando robar la Navidad se reproducían de fondo. Gabi pensó que quizás había llegado la hora de llamar a su familia y de regresar a la humildad de su hogar, al resguardo que proporcionaban aquellas personas que, por naturaleza, te tenían que amar y querer a pesar de todo. A pesar de que no fueras digna de ese amor.

Sus padres vivían en Pensilvania, en una vieja casita que habían ido heredando de unos a otros familiares desde los años de mil novecientos y poco. Su padre, que prácticamente toda su vida la había dedicado a la agricultura — al igual que la mayor parte de los hombres de su familia — ,

había ganado el suficiente dinero para mantener a pie la casa y comprar un radiador donde refugiarse en las olas de frío. Vivían en un pueblucho de pocos habitantes y de ideas arraigadas, un lugar por el que Gabrielle jamás había sentido nada similar al orgullo.

Quizás por eso, después de recibir sus primeras y cuantiosas regalías, había escapado y había evitado regresar a toda costa.

Logan, en cambio, no podía evitar imaginarse y recrear, una y otra vez, cómo sería aquel primer encuentro con la mujer que diez años atrás había rechazado. Aunque se repetía constantemente que todo saldría bien, un miedo interior le decía que quizás después de todo Valerie podría guardarle rencor por aquel doloroso final.

Miró de reojo el listín; estaba repleto de tachones azules y únicamente quedaban dos Kelley sin tachar. Ambos debían devolver la llamada al teléfono.

— Encontrarás un agente literario mejor que mi hermana — bromeó, procurando entablar una conversación y distraerse de su voz interior.

Gabi le pellizcó la pierna por debajo de las mantas.

— ¡Ouch! — se quejó.

— No pensaba despedirla, aunque sí mantener las distancias — le explicó, pensativa, preguntándose a su vez si debía reproducir en voz alta sus pensamientos y sus planes del futuro.

De alguna manera, se había formado una unión bastante fuerte entre Logan y ella y se sentía en confianza para expresar... casi todo.

— Haces bien... Mi querida hermana siempre fue de esas a las que si les dabas la mano, te cogían el brazo.

Gabrielle asintió, desviando la mirada hacia las luces rojizas y transportándose en sus recuerdos hasta la casa de sus padres en plena Navidad.

Eran de esas extrañas personas que por poco que tuvieran, siempre sabían cómo sacarle partido a todo.

— Me recuerdas a mi familia — contó, aún con la mirada perdida.

— ¿Me lo tomo como un cumplido o te tiro del sofá?

Ella soltó una risita juguetona.

Por alguna razón, Logan lograba sacar lo mejor de ella.

— Es un cumplido — aseguró — , un buen cumplido.

La hora siguiente la pasaron relatando superficialmente aquellas peculiaridades de su infancia. ¿Quién no tiene un instante de sus navidades de la juventud atesorado? El de Gabrielle se resumía en la antigua mesa tallada de su abuelo, con sus hermanos y ella alrededor, comiendo polvorones y chupando bastones mientras sus padres se dedicaban a llenar la casa de luces navideñas.

El de Logan era algo diferente, un poco menos humilde; cada año sus padres les habían llevado — tanto a ella como a Ruth — a ver el ballet de El Cascanueces. Era una tradición que nunca fallaba y en la que, cada año, habían comprado un pequeño muñeco del cascanueces para colocar cerca del árbol. Logan recordaba cómo según pasaban los años, aquella figurita había ido reproduciéndose sin control bajo el gigantesco árbol de su salón.

En la casa de Logan siempre había brillado el poder, la elegancia y el dinero; y él había resultado ser, en cierto modo, lo contrario a sus padres y a Ruth y más parecido a la sencilla mujer que fue en un pasado su querida y difunta tía Margory.

Resultaba curioso que Gabrielle, que provenía de una casa mucho más humilde, hubiera buscado conseguir la fama, el dinero y el poder y se había avergonzado de sus sencillas raíces. Quizás el mundo había tornado ambos papeles...

— ¿Sabes qué, Gabrielle?

Ella negó con la cabeza, mientras en la televisión, de fondo, unos niños con gorritos de Papá Noel comenzaban a cantar villancicos.

— Creo que este año deberíamos pasar las fiestas juntos, tú y yo...

— ¿De verdad? — inquirió.

Se acurrucó bajo la manta hasta taparse la barbilla y se juntó más al chico. El día había sido largo, y aunque ni siquiera habían salido del apartamento, se sentía agotada.

— Sí, de verdad... De alguna manera, hemos marcado un final para el dos mil diecisiete, y creo que deberíamos brindar por el comienzo del año nuevo con una botella de champagne. Juntos. Dejando atrás todo lo malo que hemos vivido este año y dándole la bienvenida a estos siguientes trescientos sesenta y cinco días que nos esperan.

Ella no respondió.

Logan bajó la vista hacia la chica, que apoyada sobre su hombro, tenía los ojos cerrados y parecía encontrarse en el comienzo de un profundo sueño.

Se preguntó si le habría escuchado o no, pero salió de dudas cuando susurró en voz muy baja que pasaría con él todos los años que querría. Sonrió débilmente y cerró los ojos, apoyándose también sobre ella, intentando descifrar el verdadero sentido de su respuesta o si había escuchado realmente bien.

10

En la televisión aún cantaban villancicos cuando la melodía del teléfono móvil de Logan les despertó a mediana hora de la mañana. Eran las nueve y media cuando Gabrielle abrió los ojos y se encontró abrazada a un somnoliento muchacho.

Aunque se decía una y otra vez a sí misma que aquel repentino horario era muy poco habitual en ella, comenzaba a pensar que algo tenía que ver en todo aquel asunto su estado de paz interior — o al menos, respecto a lo que escritura se refería — .

Fuera quien fuese la persona que llamaba, insistió una segunda vez.

El muchacho se desperezó y, tras regalarle a Gabi un susurro de buenos días, abandonó el calor de las mantas para dirigirse a la encimera; lugar en el que se encontraba su teléfono.

El apartamento estaba helado, aunque por la ventana asomaban los primeros rayos de sol.

— ¿Sí?

Gabrielle se giró hacia él para observarle.

Inconscientemente, rezó para sí misma porque aquella llamada no fuera de Valerie Kelley. No por celos, ni por egoísmo, si no porque sentía que de alguna manera, en el preciso instante en el que Logan encontrase a aquella mujer, ambos cerrarían un capítulo de su vida que aún no estaba preparada

para terminar.

No quería escribir la palabra “FIN” en el procesador de textos y tampoco quería despedirse de aquellas largas noches bajo el abrigo de las mantas en la pequeña cajita de zapatos de la tía Margory.

El rostro de Logan se ensombreció unos segundos, justo antes de que una gigantesca sonrisa iluminase su rostro.

— ¡Sí! — exclamó el muchacho con entusiasmo —, soy Logan... ¿Te acuerdas de mí, verdad?

El silencio invadió el apartamento.

— Yo también me alegro muchísimo de escucharte, Valerie... — continuó — . Verás, estoy en Nueva York y pasaré aquí unos días... Sí, claro... He pensando que quizás te apetezca quedar y tomar un café...

La risa del chico, alegre y pura, invadió el apartamento.

— Me encantará verte, Valerie... Sí, un abrazo a ti también...

Se giró hacia Gabrielle con una sonrisa de oreja a oreja, simulando la misma reacción que la de un niño que recibe una piruleta.

— ¡Era Valerie! — anunció, aunque era más que evidente que ella ya conocía aquel dato.

Gabi se esforzó por sonreír, a pesar de que una extraña angustia se había instalado en ella.

Se dijo a sí misma que debía de alegrarse por él. Que tenía que ser buena persona y sentir empatía, felicidad, por alguien tan especial que en tan poco tiempo se había convertido en una persona de suma importancia para ella.

— Me ha dicho que quiere quedar esta tarde, en el café que hace esquina con

Waverly Place y Gay Street...

— ¿En el Joe?

Logan asintió, aturdido.

Era evidente que se sentía flotando en una nube.

— ¿Esta tarde?

— A las cinco — especificó, ilusionado.

Gabrielle abandonó el sofá y caminó hacia Logan, que aún continuaba anclado al suelo junto a la encimera.

— ¿Sabes qué? — murmuró en su oreja, imitándole.

Él se encogió de hombros y aguardó la respuesta.

— Me alegro muchísimo por ti, Logan — concluyó, envolviéndolo en un abrazo.

Había aprendido de Ruth ciertas cosas, entre ellas no se encontraba su egoísmo.

El silencio se formó las siguientes horas en el apartamento.

Gabrielle estaba demasiado conmocionada para tomar las riendas de una conversación, así que simplemente se limitó a sacar su portátil y continuar escribiendo aquel relato que, a diferencia de la novela, tan pocos quebraderos le estaba dando. Describió la llamada en la que “Valerie Kelley” aparecía por primera vez como perturbadora, aunque después se recriminó aquel adjetivo y se dijo así misma que debía modificarlo por alguno más tierno.

Se preguntó, mientras intentaba continuar y cerrar aquel relato, cómo demonios describir a Valerie.

— Como la chica más preciosa del mundo — se dijo en voz baja, mirando fijamente la pantalla iluminada.

¿Y cómo era la chica más preciosa del mundo? La respuesta costaba llegar.

Agradeció el estado de shock que invadía a Logan — que se le había hecho un cóctel mezclándose con unos poderosos e inquietantes nervios — aquella mañana. Estaba tan concentrado en preparar su cita, que ni siquiera le dirigió la palabra a Gabrielle.

Ella le miraba fijamente, de vez en cuando, mientras él caminaba de un lado al otro por todas partes.

A las tres y cuarto le preguntó si debía acudir con camiseta o camisa y después no volvió a dirigirle la palabra hasta las cuatro y cuarto.

Se había decidido por un niqui sencillo, de color negro.

— ¿Aún en pijama, Gabrielle? — inquirió desde el umbral del pasillo, con las cejas alzadas.

Ella asintió, sin comprender demasiado bien la pregunta.

— Deberías ir vistiéndote o llegaremos tarde... Y no querrás que llegue tarde a la cita más importante de mi vida, ¿verdad?

— No voy a ir...

— ¡Por favor! — replicó — , no me hagas tirarme por los suelos y suplicar, porque sabes perfectamente que soy capaz de hacerlo.

Gabi soltó una pequeña risita.

— Además — añadió, acercándose a la chica — , tienes que terminar ese

relato, y para eso, tendrás que saber cuál de todos es el final...

Logan tiró del brazo de Gabrielle, obligándola a levantarse del sofá y, entre empujones, la dirigió hacia el baño.

Gabrielle supo de inmediato que el chico estaba tan nervioso que no quería quedarse solo. Por alguna razón, lo comprendía.

— Dame dos segundos y estaré lista.

Para aquellas horas ya había atardecido y prácticamente anochecido.

Tomaron el metro, que se encontraba en su hora punta, repleto de transeúntes que se dirigían después de una dura jornada laboral a sus hogares.

Prácticamente no hablaron en todo el trayecto, pero cuando salieron al exterior y los primeros copos de nieve cayeron sobre ellos, se miraron a los ojos y se sonrieron con la mirada, como si aquel lenguaje fuera suficiente para entenderse.

— Te esperaré fuera — dijo ella, escurriéndose para resguardarse del frío bajo un saliente de la fachada del edificio.

Era la mejor manera que tenía para desearle “buena suerte”.

Él asintió con nerviosismo.

— Gabrielle..., gracias.

Logan se alejó para desaparecer en el interior del café.

El establecimiento estaba abarrotado de gente y tuvo que tantear la mirada entre todos los presentes. Sentía curiosidad por comprobar si, tal y como recordaba, continuaba luciendo aquella melena rubia y una silueta de

película.

Encontró a Valerie Kelley sentada en el fondo del establecimiento, con la mirada perdida en el cristal del escaparate y una sonrisa soñadora en el rostro. Logan se acercó a ella con sigilo, aún sin saber muy bien cómo debía desenvolverse en aquel reencuentro. Ni siquiera sabía cómo presentarse de nuevo después de tantos años...

Cuando sus ojos chocaron con su mirada avellana, supo que continuaba siendo la misma chica de siempre.

— ¡Oh, Logan! — exclamó, levantándose de su asiento—. ¡Cómo me alegro de verte!

Inconscientemente, dirigió la mirada a su mano derecha; no tenía ningún anillo de casada.

— No te imaginas lo mucho que me alegro yo... — acertó a responder torpemente.

— Por favor, siéntate — le pidió, arrinconándose contra la cristalera para cederle un hueco — , ¡tienes que contarme todo sobre España!

Él asintió entusiasmado, pero mientras tomaba asiento, recordó a Gabrielle. Estaba fuera, sola, esperándole.

— Dame un segundo... Tengo que... Necesito despedirme de una persona.

Salió corriendo del café y comprobó que el temporal había empeorado. La nieve caía con más fuerza en el exterior y Gabi seguía esquinada, protegida de la helada nocturna bajo el saliente.

— ¡¡Gabrielle!! — gritó.

Alzó la mirada y lo vio acercándose a ella.

— ¿Qué? ¿La has visto? — inquirió con nerviosismo — . ¿Cómo ha ido?

Aunque desconocía el motivo, le temblaban las piernas.

Logan sonrió de oreja a oreja, reflejando una felicidad que muchos años después Gabrielle jamás olvidaría.

— La he visto... — musitó, mordiéndose el labio — ..., y..., sigue siendo la chica más preciosa que haya visto jamás.

Ella forzó una sonrisa similar a la de él y, poniéndose de puntillas para quedar a su altura, lo abrazó.

Aunque no se dijeran nada, aquello marcaba una despedida. Un antes y después. Aquello era como escribir en su relato la palabra “FIN”.

— Gracias por todo...

— Gracias a ti, Logan... — susurró, apretando la mandíbula mientras contenía sus lágrimas.

Tenía que alegrarse porque aquel final era el mejor de los finales jamás habidos y por haber. Era un final de ensueño.

— Voy a regresar al apartamento — anunció, tras un breve apretón.

Logan se quitó el gorro de lana que llevaba en la cabeza y lo colocó sobre el cabello castaño de la chica. Cuando se despidió de ella, fue consciente de que sus ojos azules se habían empañado, aunque no llegó a saber si se debía al temporal o, quizás, a la decepción. Como la segunda opción no tenía sentido, decidió restarle importancia y regresar cuanto antes junto a Valerie.

— ¡Mucha suerte con el relato, Gabrielle! — gritó, mientras ella se alejaba a paso acelerado entre la ventisca.

11

Alargó el instante en el que debía sentarse bajo el ordenador portátil todo lo que pudo; pero al final el instante la alcanzó.

Se quedó mirando la pantalla y se dijo a sí misma que aquel final era el esperado; el que cualquier lector quería. Su historia narraba la vida de un chico, un aventurero de noble corazón que decidía redimirse de sus errores regresando a Nueva York para reconquistar a su viejo amor. Después de una larga lucha, su protagonista lograba encontrar a la mujer de sus sueños y... Y ella resultaba ser tal y cómo la recordaba. Podía incluso añadir un pequeño epílogo en el que ambos rehacían una vida en común, terminaban comprándose una casita en las afueras, en uno de esos barrios residenciales con los que cualquier matrimonio sueña, un monovolumen y un perrito que correteaba por el jardín. Quizás incluso podía añadir algún niño gateando por la casa... Y con todo eso quedaría resuelta la búsqueda del amor por Navidad y la magia que cualquier lector podía desear en una historia.

Al fin y al cabo, el mejor final no era el que el escritor deseaba, si no el que lector anhelaba leer antes de que la palabra FIN tuviera lugar.

Terminó de escribir el relato con lágrimas en los ojos y se sorprendió al comprobar que — aún sin el epílogo — doblaba el número de palabras que la editorial Fantasy Books había requerido de ella. Un par de correcciones y podría enviarlo para valoración.

Cerró la pantalla y activó la televisión con el afín de desconectar y distraerse. En el fondo, sabía que lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias, era dormirse y pasar página. Por otro lado — su lado masoquista — necesitaba esperar a Logan y escuchar todo lo que tendría para contarle. ¿Estaría feliz? ¿Decepcionado? Y otra parte de ella — la malvada —, deseaba que aquella cita con Valerie Kelley — ¿cómo era posible que su nombre sonase tan bien? — resultase un desastre y Logan regresara a ella destrozado en busca de consuelo.

— ¡Eh, tú, Gabrielle!

Ella alzó la mirada y se topó con la presentadora de “La suerte de la fortuna”, que la señalaba fijamente con un dedo índice desde la pantalla del televisor.

— ¿Yo? — preguntó, sintiéndose sumamente estúpida.

— ¿No te das cuenta de lo perdidamente enamorada que estás?

Se quedó en silencio, sopesándolo.

No conocía a Logan más que de unos días... Aunque tenía que confesar que aquellos días habían resultado ser de los mejores de su vida. No solo porque había logrado renacer como escritora si no porque... Había vuelto a soñar. Logan había sacado lo mejor de ella, la había hecho sentir, emocionarse, imaginar, reír e ilusionarse.

La había hecho creer.

— ¿Ahora te das cuenta? — le dejó la barbie presentadora, aún señalándola acusadoramente — . Quizás tendrías que habérselo contado, ¿no crees?

— No... No es un sentimiento correspondido.

En el mismo instante en el que habló en voz alta aquella segunda vez, fue

consciente de que estaba sufriendo una alucinación. Quizás estaba hablando con su subconsciente, o quizás tan solo deliraba. Fuera como fuese, la barbie no tenía razón; había amores correspondidos y otros que debían quedar en el olvido, bien enterrados para que no levantasen polvo años después.

Aunque después de todo lo que había pasado, una cosa tenía clara: volvía a amarse a sí misma. Y algunas veces, el mejor amor y el más sincero, tenía que dirigirse hacia la propia persona si se esperaba encontrar, en algún instante, la felicidad.

Se pasó la noche despierta, esperando, sin terminar de entender muy bien qué era lo que quería encontrar en el momento en que Logan abriera la puerta y la saludase al entrar.

Cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana, Gabrielle comprendió que aquella despedida en la calle, frente al café, había sido una de verdad. Él había encontrado su final feliz y ella...

Ella aún tenía camino por recorrer.

En pocos días había comprendido que no necesitaba demasiado para viajar. En realidad, no necesitaba demasiado para nada. Había llegado a la caja de zapatos de la tía Margory cargada de maletas, pero se marchaba dejando allí la mayoría de sus pertenencias; estaba segura de que Logan les encontraría alguna utilidad.

Metió, en una de las bolsas de viaje con las que había llegado, la manta del sofá bajo la que ambos se habían resguardado del frío las últimas noches. Tampoco comprendió muy bien la razón por la que se la llevaba, pero sabía que la quería conservar. Su portátil, la manta, sus cuadernos, ropa de abrigo y nada más. Eso era con todo lo que partía.

Una parte de ella se preguntaba qué pensarían sus padres de ella. ¿Hacía

cuánto que no les llamaba? ¿Qué no hablaba con ellos? Tendrían noticias de su vida a través de los periódicos, la prensa y demás, lo que significaba que al menos, estarían al tanto de su bochornoso fracaso laboral y no tendría que dar explicaciones al respecto. Se había marchado de allí con la cabeza alta, creyéndose que era mucho más que aquellos que dejaba atrás, sintiéndose más importante que el resto. Y regresaba con una buena lección de humildad encima y la cabeza gacha.

Dejó las llaves en la encimera de la cocina y se quedó mirando fijamente el bloc de notas que aguardaba sobre ella. Sin pensárselo demasiado, garabateó la frase de Logan; esa que se le había metido profundamente en la cabeza y que no lograba olvidar.

Un día te despertarás al lado de una persona y comprenderás que es con esa mirada con la que quieres amanecer el resto de tus días...

Espero que seas feliz.

Gabrielle

Cuando cerró la puerta del apartamento y salió al exterior, se sintió valiente.

Gabrielle se sintió en paz.

12

La magia de la Navidad.

Aquella extraña sensación que comenzaba a aumentar según se acercaba la Nochebuena y la casa se llenaba de risas, de regalos, de luces, de familia. Aquella sensación que Gabi se había propuesto experimentar al menos por un año.

Gabrielle pisó la nieve y sujetó con fuerza su bolsa de viaje sobre el hombro. Fue consciente mientras caminaba por el sendero de lo poco que había cambiado aquel paisaje. La nieve había dejado su huella, dificultando el acceso a la vivienda de sus padres.

Debía de recorrer — a pie, porque la carretera se encontraba totalmente cubierta de nieve y ningún taxi le acercaba más — un kilómetro y medio hasta llegar allí.

Había vuelto a pensar en Logan en un par de ocasiones más desde que se había marchado, e inevitablemente, se preguntaba cuánto tiempo tardaría en olvidar las mariposas que había creado en su estómago y a recordar, únicamente, todo lo bueno que había recibido de él.

Le apenaba saber que aquel capítulo de su vida había quedado cerrado y que

los finales felices, aquellos reencuentros después de diez años, solo sucedían en los mejores relatos de Navidad y en las mejores películas románticas. Quizás, de vez en cuando, en la vida real.

Pero Gabrielle no era una chica que tuviera la suerte a su favor.

Se paró frente a la casita de sus padres.

Habían colgado un gigantesco árbol de Navidad en el exterior y lo habían colmado de adornos y luces. No le sorprendía en absoluto viniendo de su familia, aunque si se preguntaba de dónde habrían sacado el dinero para semejante cantidad de adornos y luces. Se rió para sí misma diciéndose que su padre estaría día y noche cargando el alimentador portátil, girando la ruleta enérgicamente para mantener el ambiente incesante.

La fachada estaba tan roída como siempre y el tejado no tenía mejor aspecto.

Se volvió a repetir que en aquel lugar las cosas no cambiaban demasiado, por muchos años que pasasen.

Cuando se acercó, escuchó el alboroto del exterior; había gente y se podía llegar a apreciar el leve murmullo de un villancico que resonaba en el viejo tocadiscos de su padre. Era un viejo trasto de agujas malas y discos rallados que siempre se quedaba medias en las canciones, pero formaba parte de la tradición navideña de los Reuben.

Tocó el timbre y miró al cielo, rezando para sí misma por un perdón. Se fijó en la chimenea encendida y suspiró hondo, recordando aquellos maravillosos años en los que se había reunido alrededor de la mesa de roble tallada junto a sus hermanos para comer dulces.

— ¡¡Ya voy yo, ya voy...!!

La voz de su madre sonó lejana tras la puerta.

Escuchó los pestillos soltándose y después se topó con ella, frente a frente.

Ambas sentían el corazón encogido en un puño y se miraban, asombradas, incapaces de reaccionar.

— ¡Oh, Gabrielle! — acertó a decir la mujer, mientras los ojos se le encharcaban y apretaba los labios con emoción — . ¡Mi niña...!

Gabi intentó contener el llanto, pero tampoco fue capaz.

— Mamá... — susurró emocionada — , ¿puedo pasar las fiestas... con vosotros?

Su madre se tapó la boca, incapaz de creer aquello que sus ojos observaban. No lograba reaccionar.

— ¿Mamá, qué pasa? — exclamó Olivia, su hermana, desde el salón — . ¿Quién es?

Al final apareció tras su madre y, tras soltar un pequeño gritito de emoción, esquivó a la mujer y se lanzó para abrazar a su hermana.

Ellis, su hermano, también estaba en casa. Y su padre.

Gabi no fue capaz de contener el llanto más de dos segundos seguidos tras comprobar lo mucho que todo el mundo se alegraba de verla. Se habían reunido todos por Navidad, incluso Tom, el marido de Olivia — aunque la última vez que ella lo había visto aún no habían contraído matrimonio — .

Acarició la prolongada barriga de su hermana y se sentó junto a ella mientras sus padres relataban las últimas novedades familiares. Su hermana, Olivia, iba a ser mamá de una pequeña criatura llamada Sophie en tan solo unas semanas. Su padre había empeorado de su salud y estaba delicado y la artrosis de su madre tampoco parecía mejorar.

Mientras escuchaba todo aquello, Gabrielle no pudo evitar sentir la culpabilidad arremolinándose en su pecho. Les había enterrado, tapado y

olvidado. En todos aquellos años no se había molestado en saber cómo estaban..., simplemente, había dado por hecho que todos seguían igual.

—¡ En el pueblo todos se sienten tan orgullosos de ti...! — exclamó su padre, ilusionado — , todo el mundo sabe que la pequeña de los Reuben es una de las escritoras más importantes de Nueva York.

Todos los presentes asintieron, orgullosos, y Gabrielle no supo cómo explicar la nueva de su fracaso. Había dado por hecho que las noticias habrían llegado hasta el hogar familiar, pero...

— En realidad, hace mucho que no publico nada — contó levemente — . Sufrí un bloqueo y no pude cumplir con los plazos de las editoriales.

Sintió cómo la angustia se apoderaba de ella de nuevo, pero respiró hondo y se esforzó por mantener la compostura.

¿Qué pensarían, entonces, su familia? ¿Qué les había abandonado y que había regresado solo porque no había podido continuar allí? Quería decirles que no, que había cambiado y que ya no veía las cosas igual pero...

— Nosotros seguiremos estando muy orgullosos por todo lo que has logrado, Gabrielle — soltó Ellis, que se encontraba sentado frente a ella, al lado de su madre — . No todas las personas tienen la valentía que tú tienes... Ha tenido que ser difícil para ti empezar de cero en la ciudad y perseguir tus sueños, hermanita.

Ella asintió, muda.

Unos segundos después, el nudo de su garganta se deshizo levemente y respondió:

— En realidad... — acertó a decir — , os echaba mucho de menos.

Olivia se acercó hasta ella y la abrazó con fuerza, con cariño, con amor.

Haciéndola sentir arropada.

Gabrielle fue incapaz de no recordar aquellos anuncios en los que la gente regresaba a casa por Navidad y la familia los recibía con los brazos abiertos. Al fin y al cabo, como ya había pensado, algunas personas la querían por naturaleza; porque les había tocado quererla, a pesar de todo, con el corazón.

Tomaron un chocolate caliente, pasaron junto a la chimenea y después Ellis la acompañó a su habitación.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó con una sonrisa abierta —, ¡sigue exactamente igual!

Ellis asintió, también con otra sonrisa.

— Papá y mamá te han echado mucho de menos — murmuró afligido su hermano —, han sufrido mucho por ti.

Ella guardó silencio, inmóvil en mismo lugar en el que se encontraba mientras sopesaba mentalmente qué decir.

— No me siento orgullosa, Ellis — admitió con el tono de voz endurecido.

Últimamente tenía los sentimientos a flor de piel y no necesitaba demasiado para emocionarse.

Él se giró hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

— No vuelvas a desaparecer, Gabi — susurró muy bajito, prácticamente en una súplica.

Gabrielle no necesitó prometerlo.

Su hermano se marchó unos instantes después, dejándola a solas, y Gabrielle se tomó unos segundos para inspeccionar su habitación. Deslizó la yema de

su dedo por la cama y después por el escritorio en el que tantos momentos había pasado desde su más tierna infancia.

Se sentó sobre la colcha y abrió la bolsa de viaje sobre su regazo: no contenía demasiadas cosas. El portátil, los cuadernos para las anotaciones y... y la manta del apartamento de la tía Margory.

Se levantó de la cama y colocó sobre la colcha de su infancia aquella manta, mientras los recuerdos de aquellas frías noches junto a Logan regresaban a su cabeza.

Pensó por unos segundos que jamás encontraría una manta tan fea como aquella, ni ningún objeto material por bonito que fuera que lograra alcanzar su valor emocional.

Era lo único que se había llevado de él, lo único que quería conservar para la posteridad en su recuerdo...

13

El veinticuatro de diciembre Gabrielle se despertó con una llamada entrante de Ruth.

No quería nada importante; tan sólo comunicarle que su relato de Navidad ya estaba a la venta desde el día anterior, incluido en la antología “Doce vidas, doce historias” de la editorial Fantasy Books, y que el pago a su cuenta bancaria se había realizado hacía unas horas — aunque podía tardar otras setenta y dos en hacerse efectivo — . Tonterías que no le interesaban demasiado, en realidad.

Gabi se mordió la lengua y, a pesar de todo, no le preguntó por Logan. Algo en su interior le gritaba a voces que él y Valerie habían logrado ese final de ensueño que cualquier mujer deseaba vivir. Tenía que alegrarse por él porque, a pesar de todo, sabía que se merecía ser feliz.

Y tenía que sacárselo de la cabeza.

Sonrió nada más colgar el aparato y se encaminó hacia la ventana. En la casa de sus padres siempre hacía frío — tampoco disponía de calefacción — , pero tras su paso por la caja de zapatos de la tía Margory, había terminado por acostumbrarse aquella sensación térmica.

Fuera continuaba todo teñido de blanco; lo que era perfecto para un día como aquel.

Se vistió la bata de casa y bajó a la primera planta, donde se encontraban el salón, comedor y el servicio. Su padre, a pesar de las tempranas horas, ya se disponía a encender la chimenea mientras su madre comenzaba con “la tortura navideña”.

Así le habían apodado Olivia y ella a las larguísimas horas que se debían pasar cocinando en aquellas fechas. Y a pesar de resultar “tortuoso”, ambas sabían que en el fondo aquel trabajo merecía la pena.

— ¡Buenos días a todos! — exclamó Olivia, que junto a su marido, se disponía a tomar asiento en el sofá de la vivienda.

— ¡Buenos días, Oli! — exclamaron Gabi y su madre simultáneamente.

Su hermana llevaba varios días malos.

Estaba realmente hinchada, le dolían los tobillos y las piernas y el bebé de su barriga parecía no querer quedarse quieto.

— Si aún no te faltase casi un mes para dar a luz, diría que en cualquier momento la niña nos viene al mundo — había bromeado su madre la noche anterior.

Olivia no quería ni hablar del parto; le atemorizaba.

Gabi se acercó a su madre y le besó la mejilla, observando a su par cómo comenzaba a preparar las tartaletas de hojaldre para la noche.

— ¿Vas a ayudarme? — inquirió, sonriente.

Ella se colocó el delantal a modo de respuesta.

Si algo bueno tenía “la tortura navideña” era que mientras uno cocinaba,

podía ir comiendo los dulces que quisieran.

Casi a las seis de la tarde la tormenta de nieve tenía a medio condado aislado en sus viviendas. La cena estaba preparada y la casa cargada de provisiones, pero aquellas últimas noticias habían sembrado una creciente preocupación en sus padres.

— Esto no pinta nada bien... — había advertido e inconscientemente, había desviado la mirada hacia su hija mayor, Olivia, que descansaba en el sofá con una capa de sudor en la frente.

Gabi, que como norma general no solía prestar más atención de la debida a aquellos pronósticos de su familia, subió a su habitación sin hacerles demasiado caso y contempló el bloc de hojas que esperaba pulcramente organizado sobre la mesa de su escritorio. Estaba dividida en dos montones; uno de ellos con las páginas que ya había llenado de anotación y otro de ellos en blanco, dispuesto a recibir las palabras que Gabrielle quisiera plasmar.

Se quedó unos instantes mirándolo fijamente desde el umbral, de la misma manera que había observado su rincón en su antiguo piso. En la otra casa, había examinado su despacho con ansiedad y angustia, pero aquel escritorio no le producía sentimientos del estilo. En él había escrito sus primeros cuentos para el colegio y, más tarde, había relatado sus primeras novelas. Más adelante se convirtió en el lugar de creación de sus primeros éxitos literarios y... y ahora simplemente le servía para dar vida a aquello que, en otros lugares, jamás podría escribir.

Se acercó hasta el bloc de hojas y paseó la yema de su dedo índice por el título que había escrito en la primera página: “Todo lo que callé y lo que no escribí”.

Era un buen título; y lo mejor de todo es que se sentía orgullosa del contenido

que había ido creando. De alguna manera, al conocer a Logan había derribado todas las barreras mentales que la ataban a ella y a sus manos. En tan sólo un par de semanas había relleno más de sesenta páginas y calculaba que, si el ritmo se mantenía, podría presentar la historia en tan sólo un mes, o mes y medio.

Para curarse de penas, no le había dicho nada a su agente literario, Ruth. Cuya relación entre ambas se había enfriado y con ello Gabrielle había tomado la determinación de contarle única y estrictamente lo necesario.

Se sentó en el escritorio y sonrió, feliz, en el mismo instante en el que todas las luces de la vivienda se fundían simultáneamente. Se hizo un silencio total que permitió tomar protagonismo al silbido del viento en el exterior; después se escuchó un grito de su madre, y más tarde se sumaron las voces de sus hermanos.

Con la luz de la pantalla del teléfono a modo de linterna, Gabrielle descendió las escaleras para juntarse con su familia. Olivia, Ellis y Tom estaban en el salón, esperando que la luminiscencia regresase por arte de magia.

— ¿Papá?

— Aquí — respondió él, carraspeante.

Solía ser habitual que la luz eléctrica fallase en los días de temporal fuerte, pero lo que ninguno esperaba era que ocurriera justo en Nochebuena.

Alumbró hacia sus padres mientras éstos se dedicaban a vaciar cajones en busca de velas y cerillas.

— Dónde demonios las habré metido... — refunfuñaba ella.

No era la primera vez que cenaban bajo la luz de las velas; aunque en aquellas ocasiones el menú se había limitado a un tazón de cereales con

leche.

Iluminaron la casa como pudieron, esparciendo las pequeñas velitas por cada rincón posible. Gabrielle y Olivia, colaboraron colocando la mesa y su madre, gracias a su sabiduría, logró mantener la temperatura de la cena hasta que todos se sentaron en sus respectivas sillas.

Bendijeron la mesa y comenzaron a degustar aquellos platos que tanta elaboración habían requerido. Todos parloteaban sin cesar, felices y contentos a pesar del siniestro ambiente que les rodeaba; menos Gabrielle.

Supuso que dado su historial “poco navideño” a nadie le extrañaría aquel comportamiento por su parte, pero la realidad era otra... Y es que por mucho que lo intentaba, no lograba sacarse a Logan de la cabeza. Sabía que las cosas eran tal y cómo habían tenido que ser, pero... Pero la absurda petición que le hizo, aquella estúpida propuesta de pasar las fiestas juntos y terminar el año cerrando un círculo no la dejaban respirar. Por alguna razón, lamentaba el haberse marchado de aquella manera, dejando tan solo una nota sin sentido a modo de despedida; al fin y al cabo, él había significado mucho para Gabrielle.

Se imaginó por unos instantes de regreso a la caja de zapatos de la tía Margory, cenando en la encimera que delimitaba el saloncito con la cocina. Seguramente, Logan habría preparado la especialidad de la casa: sándwiches de pavo. Habría sido un verdadero festín para la Navidad.

— ¿Gabi?

Ella sonrió de improvisto, como si su hermana la hubiera pillado haciendo algo indebido.

— ¿Estás bien? — insistió Olivia.

— Sí, estoy bien... — se apresuró a responder — , es solo que...

Se quedó en silencio recriminándose el añadido que acababa de pronunciar. A nadie le interesaban sus problemas, así que con un “sí, estoy bien” habría sido más que suficiente.

— Dime, ¿qué ocurre?

Ella sacudió la cabeza en señal de negación.

— Es que hacía mucho que no nos juntábamos todos en casa — mintió, incapaz de contener las emociones y encontrar una excusa mejor.

Se levantó de la mesa excusándose para acudir al servicio.

Era evidente que Olivia no se había tragado aquella absurdez; pero poco importaba. No quería ser, bajo ninguna circunstancia, la protagonista de la noche.

En el cuarto de baño, su madre había colocado dos pequeñas velas para iluminar el ambiente. Se quedó mirando el reflejo ensombrecido que le devolvía el espejo mientras los ojos, poco a poco, se le iban empañando. Había intentado tomarse las cosas bien; es más, estaba convencida de que lo estaba haciendo bien. Había regresado a sus raíces, se había reconciliado con su familia y... Y Logan le había dado una lección de humildad tan grande que, después de todo, había servido para que ella dejara de sentirse una fracasada.

— ¿Gabi...?

La voz de Olivia llegó al otro lado de la puerta.

— Ya voy, ya voy... — respondió con voz fingida mientras encendía los grifos para lavarse el rostro superficialmente.

Necesitaba despejarse.

— Venga, Gabi, ábreme la puerta... — insistió su hermana con impaciencia — , no será la primera vez que haces pis delante de mí.

Rindiéndose a ella, cedió.

Pasó al interior de lado, procurando proteger su pronunciada barriga de todos los cachivaches. El cuarto de servicio no era, precisamente, el palacio de Buckingham.

— ¿Vas a...? — dijo, señalando el retrete.

Gabi sacudió la cabeza.

— Vale — respondió Olivia, mientras se desabrochaba el pantalón.

— Espera, que ya me marchó...

— ¡No, no! — exclamó, risueña — , ¡quédate tonta! Además, así puedes contarme qué es lo que te tiene tan distraída — señaló, incapaz de soltarse el botón de las narices.

Al parecer, se le había atascado.

— No me pasa nada, de verdad...

— ¡Oh, venga, Gabi... Nos conocemos!

Al final se rindió, dejando caer ambos brazos a cada lado.

— ¿Me ayudas a soltar esto? — añadió.

Gabrielle asintió y se agachó en el suelo.

¿Cómo demonios se había metido su hermana aquellos pantalones vaqueros con la barriga tan pronunciada? El botón quedaba escondido debajo de ella y costaba desabrocharse.

— ¿Es un chico, verdad? Yo también lo pasé muy mal con Tom cuando empezamos a salir... — continuó, mientras daba pequeños saltitos para aguantarse la orina — . ¿Cómo vas? ¿Te queda mucho para soltarlo?

Casi lo tenía.

— Un segundo más... — respondió — , y no es mi novio. No hemos empezado nada, Olivia.

— ¡Ves, sabía que era por un chico!

Gabrielle se concentró en soltar el botón, que con los saltitos de su hermana, lograba resistirse.

— ¿Y cómo se llama?

—¡¡¡ Logaaaaan...!!! — gritó, mientras las manos se le llenaban de... ¿PIS?

— ¡Oh, Dios, Olivaaaa!

Alzó la mirada hacia su hermana mientras se sacudía las manos, caladas, con una mueca de repugnancia. Cuando chocó con el rostro de Olivia, comprendió que su gesto no era de vergüenza o disculpa, si no de verdadero pánico.

— ¿Olivia...?

Ella abrió los ojos como platillos, justo antes de llevarse las manos a la boca y ahogar un grito.

— ¿Qué ocurre, Oli? — preguntó Gabrielle, cada vez más histérica.

— Gabi... Creo que acabo de romper aguas.

14

No sólo acababa de enterarse — hacía menos de un mes — de que iba ser tía, sino que además la criatura venía de camino.

Olivia, presa de un ataque de pánico, lloraba desconsolada gritando a pleno pulmón que su hija no podía nacer aún. Tom parecía tan desesperado y desconcertado como ella.

— ¿Gabi? — la llamo su madre — , te necesito.

Ella estaba sentada, en aquel instante, en la mesa del comedor junto con su hermano y su padre. Habían intentado por todos los medios llamar a emergencias, pero las comunicaciones estaban cerradas — al igual que las salidas de autopista — . El temporal había dejado la vivienda totalmente incomunicada y, aunque ninguno lo había dicho en voz alta, aquel bebé tendría que nacer en casa.

Olivia lloraba desconsolada diciendo que no, que su hija tenía que nacer en un hospital, que tenían que marcharse cuanto antes porque todo aquello lo había ensayado en las clases preparto.

— Mamá... — lloriqueó entre sollozos — , alguien tiene que ir a buscar la

bolsita del bebé y el coche. Tenemos que irnos...

A diferencia del resto, su madre era la única persona que parecía guardar la calma.

Se arrodilló en el suelo, frente a su hija, y susurró muy despacio que todo saldría bien, intentando tranquilizarla.

— ¿Pero me vais a llevar a un hospital? — insistió Olivia, espantada.

— No, cariño, darás a luz en casa — explicó muy calmadamente — , al igual que lo hice yo, y mi madre...

El llanto de su hermana se intensificó, inundando el ambiente y contagiando a los presentes de cierto terror.

Gabrielle se levantó de la mesa — esquivando a su madre para que no pudiera volver a abordarla — , y se acercó hasta a Olivia. No se veía capacitada para “ayudar” en un parto, pero sí que podía consolarla.

— Todo saldrá bien, ya lo verás — le dijo, mientras le acariciaba la espalda con dulzura.

Tom, el pobre hombre, se había quedado en un estado de “shock” y ni siquiera abría la boca.

¡Iba a ser tía!

Y había vuelto a casa en el instante perfecto para conocer a su pequeña sobrinita.

— No saldrá bien — replicó ella, sollozante — , las mujeres se morían en casa al dar a luz.

Gabrielle se quedó en silencio sopesándolo unos instantes.

Había creído que el tema del parto era complicado por el simple hecho de que su hermana no recibiría la famosa epidural y tendría que parir sintiendo cada punzada de dolor pero... Pero ni siquiera había caído en la cuenta de la peligrosidad que entrañaba el asunto. Lo meditó unos instantes, rememorando unas catastróficas cifras que había leído hacía años en una revista de ciencias. Aseguraba que en el siglo XIX una de cada diez mujeres que daba a luz moría en el parto.

— No vas a morir... — murmuró, aunque tampoco demasiado convencida.

— ¿Y si muere la niña?

Tom, que estaba escuchando la conversación, se levantó del sofá masajeándose las sienes. Aquella situación era... surrealista.

— ¡Mamá! — gritó Gabi, cuya histeria también había aumentado — .
¡Necesitamos ir a un hospital! — aseguró, tan asustada como Olivia.

Su madre se acercó hasta ambas hermanas y las miró fijamente.

— Si me llegan a decir que mis dos hijas serían tan cobardes, no me lo hubiese creído jamás — las regañó con los brazos cruzados en jarras — .
¿Habéis olvidado que lleváis el apellido Reuben?

Ambas negaron lentamente con la cabeza.

— Muy bien — continuó ella, que había entrado en el “modo sargento” — ,
Olivia necesita relajarse y respirar hondo, controlando sus contracciones. Y tú... — continuó, señalando a su hija menor — , y tú tienes que ir a buscar cosas.

— ¿Cosas?

— Necesitamos cojines para que tu hermana esté cómoda, también toallas

para las camas y para secar al bebé cuando nazca...

— Vale — respondió ella, pensando que quizás sí podía cumplir con aquella tarea.

Gabrielle se levantó del sofá de un salto para ponerse manos a obra.

— ¡Ah, Gabi! — exclamó su madre, alzando el dedo índice — . También necesito que cojas una palangana de las que hay en el cobertizo de fuera...

— ¿Una palangana?

Su madre asintió muy seriamente.

— Para recoger la placenta.

Sin poder contener una mueca de horror y repugnancia, se encaminó al piso de arriba en busca de almohadas, cojines y toallas. Almacenó todo ello sobre la cama de Olivia y después regresó abajo, dispuesta a hacerse con la palangana.

De pronto, el silencio se había formado por completo en la casa. Su padre se dedicaba a iluminar con velas todo cuanto estaba en sus manos, su madre tranquilizaba a Olivia susurrándole que todo saldría bien y que ella estaría a su lado y Ellis y Tom, shockeados, bebían whisky en el sofá sentados. Gabrielle se fijó en que el pobre Tom estaba tan blanco como un fantasma.

— Es algo natural, estamos preparadas genéticamente para ello... — le decía en voz muy bajita — , no puede pasar nada malo porque la naturaleza es muy sabia...

Gabi no sabía si lo decía de verdad o tan solo intentaba tranquilizarla, pero fuera como fuese, funcionaba. Olivia había dejado de llorar y miraba a su madre mientras controlaba exageradamente su respiración.

Pasó de largo hacia la puerta principal cuando escuchó un chasquido de dedos tras su espalda. Se giró y se encontró con su padre, que sonreía con una mezcla de nostalgia y ternura.

— Gracias... — susurró.

Ella asintió sin añadir nada más y salió al exterior.

Sabía perfectamente porqué lo decía; le daba las gracias por regresar, por estar, por volver al hogar, por darles una segunda oportunidad. Lo que quizás su padre no sabía era que en realidad, ellos eran los que le estaban concediendo una segunda oportunidad.

El viento helado y la nieve fría cortaron su piel.

La ventisca había empeorado tanto que no lograba ver ni siquiera el cobertizo, que se encontraba a tan solo unos metros hacia la derecha cruzando el pequeño jardín.

Se abrigó la cazadora y caminó al frente, intentando resguardarse del temporal sin éxito y divisar la caseta. Intuía dónde estaba, aunque continuaba sin ver nada.

Cuando avanzó un metro más, se chocó de bruces contra ella.

Sacó el teléfono móvil y agitó la linterna para vislumbrar algo en el interior.

— ¡Madre mía...! — exclamó en voz alta, observando cómo el tejado cedía a la fuerza del viento y se balanceaba de un lado a otro.

El temporal parecía no estar dispuesto a amainar.

Encontró las palanganas al fondo, justo entre las cajas con recuerdos que en un pasado habían pertenecido a sus abuelos.

Sin demorarse más de lo necesario, cerró la puerta del cobertizo y se

encaminó de regreso al hogar.

Gabrielle no había caminado dos metros cuando se topó de golpe con “algo” que intercedía en su camino. Cayó de bruces al suelo, junto con su teléfono móvil.

— ¡No, no, no..! — gritó, agitando el terminal eléctrico que, tras mojarse en la nieve, había cesado su actividad.

La luz se había extinguido y, exceptuando la gran sombra que se alzaba frente a ella, no lograba ver nada más allá.

— ¿Ga... Gabrielle?

Ella necesitó varios segundos para ubicar esa voz.

“No, no puede ser”, se dijo a sí misma. Logan no podía estar allí, en la nieve, en mitad de la nada perdido en una vieja casita de Pensilvania de la que nunca jamás había escuchado hablar.

— ¿Eres tú? — inquirió la sombra.

Pero es que sonaba tan... Logan.

Aún imaginándose que fuera él, que hubiese dado en alguno de sus listines con la casa de sus padres, ¿qué hacía allí? ¿Cómo había podido saber que ella había regresado? ¿Y cómo demonios había podido encontrar la casa con aquel temporal y con las autopistas cerradas?

— ¿Hola? ¿Gabrielle? — repitió el chico.

— No puede ser... — acertó a responder ella mientras se ponía en pie.

Él soltó una pequeña risotada, agarrándola del brazo.

Había llegado a pensar, incluso, que era otra de sus desvariantes alucinaciones — efectos secundarios de ser escritora —, pero esa opción

había quedado descartada tras sentir el cálido contacto con su piel.

— Soy Logan — dijo, con una voz alegre y risueña — , no creí que fuera a encontrar la casa nunca.

El viento soplaba con tanta fuerza que para poder escucharse el uno al otro, debían levantar muchísimo la voz.

— ¿Pero qué haces aquí, Logan?

Él tiró de su brazo con una risita, acercándose más a ella.

— ¿Podemos entrar? — respondió con voz dulce — , creo que no siento los dedos de los pies.

Agarrados de la mano y caminando costosamente a través del temporal, llegaron hasta la entrada de la vivienda y pasaron al interior.

El cambio fue abismal; como si al adentrarse en la casa hubieran dejado un mundo totalmente diferente atrás. Al resguardo de las paredes, iluminados bajo la luz de las velas, se miraron fijamente a los ojos.

— ¿Qué haces aquí, Logan? — preguntó, consternada.

En realidad, quería gritar y llorar de emoción pero...

— He venido a buscarte — contó con rapidez — , no viven demasiados Reuben por aquí y parece que tu estatus de escritora sigue vigente entre los habitantes del pueblo.

Gabrielle guardó silencio intentando asimilar lo que decía y evitando réírle las gracias.

— Valerie... — comenzó, dubitativa, buscándole sentido a todo aquello — , Valerie no... ¿No ha salido bien?

Él carraspeó, antes de dibujar una radiante sonrisa.

— Salió genial, Gabrielle. Ella..., seguía como siempre y estaba soltera. Le dije que había estado buscándola porque no la había olvidado y me respondió que ella también había pensado mucho en mí en todos aquellos años.

— ¿Y qué demonios haces aquí? — le preguntó, cruzándose de brazos.

Por primera vez desde que habían entrado, se fijó en lo andrajoso que iba vestido. Seguramente habría pasado un mal rato caminando bajo el temporal.

— Habíamos quedado que pasaríamos las fiestas juntos y como te marchaste sin decir nada...

Ella guardó silencio, incapaz siquiera de pestañear. Que Logan estuviese allí no tenía el más mínimo sentido.

— ¡Ah! — exclamó él, abriendo la bolsa de viaje que traía consigo — , te he traído una cosa...

— No hacía falta, dejé...

El chico, sonriente, sacó un pequeño libro de la bolsa y lo agitó en alto, justo antes de entregárselo a Gabrielle.

“Doce vidas, doce historias”. Era el título de la antología en la que había participado con su relato de Navidad.

— Te ha quedado muy bonito — añadió, guiñándole un ojo.

— ¿Lo has comprado? — preguntó ella, hojeándolo.

Él asintió sin borrar su sonrisa.

— Tenía que saber el final de la historia — señaló — , te recuerdo que te marchaste sin dejarme leerla...

Se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro fijamente.

— ¿Y te ha gustado?

— Bueno, no ha estado mal... — admitió.

Gabi le soltó un pequeño codazo juguetón.

De pronto, sintió una especie de electricidad recorriendo sus articulaciones, como si nada hubiese cambiado entre ellos a pesar de que Valerie hubiese aparecido en sus vidas. Quizás, después de todo, tener a Logan como amigo fuera mejor que no tenerlo en ningún aspecto.

— ¡OOH, DIOS MÍO! — gritó Olivia, apretándose la barriga mientras lloraba.

Se giraron y se encontraron con demasiados pares de ojos que los examinaban.

Toda su familia, expectante, había centrado su atención en ellos en lugar de dirigirla a la chica embarazada que, en pocas horas, traería un lugar al mundo.

— ¡Venga, venga, venga! — exclamó su madre, dirigiéndose escaleras arriba y ayudando a Olivia a subir — . ¡Todos manos a la obra que aquí no se necesitan espectadores!

Logan se quedó estupefacto contemplando el panorama.

— Mi hermana va a dar a luz — explicó rápidamente.

En ese instante, Olivia se paró en seco en las escaleras y señaló acusatoriamente al recién llegado.

— ¡Tú! — gritó, con los ojos tan abiertos que parecía que le iban a saltar de las cuencas — . ¡Tú!

Logan se señaló a sí mismo.

— ¿Yo?

Los presentes guardaron silencio, muy atentos.

— ¡¡Sí, tú!! ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí si las carreteras están cortadas?

El chico frunció el ceño, confundido.

— He tenido que caminar tres horas y cincuenta minutos — explicó brevemente mientras se señalaba la ropa y el cabello.

Estaba hundido de pies a cabeza y, a decir verdad, no tenía demasiado muy aspecto.

— ¡Vamos, vamos, vamos! — apremió su madre, tirando de Olivia escaleras arriba.

El parto tendría que ser en casa.

No quedaban más opciones.

15

Fue la Nochebuena más extraña que jamás había vivido Gabrielle. En realidad, fue la más extraña de todos los que estaban presentes en la casa.

Sobre las tres de la mañana, entre gritos y sollozos, una nueva voz se unió al mundo. La pequeña Sophie había nacido muy sana — o al menos, eso decían sus pulmones — , y Olivia supo que jamás olvidaría aquella ventisca que la había obligado a aislarse en la casa de sus padres.

Aquellas Navidades se habían convertido, de repente, en una parte preciosa de la historia familiar. Todos sabían que año tras año, se relatarían aquellos sucesos mientras se cenaba en la mesa de roble tallada. La pequeña Sophie se cansaría de escuchar cómo vino al mundo.

— Esto es mucho mejor que el sofá de la tía Margory, ¿verdad? — preguntó Logan, mirando al techo.

No habían dormido en toda la noche, al igual que el resto.

Estaban tumbados en la cama de la habitación de Gabrielle, esa en la que había ido creciendo día tras día, sobre la manta que se había llevado del sofá.

— No lo sé... — respondió, pensativa, también mirando al techo — . Le he cogido mucho cariño a la caja de zapatos de la tía Margory.

Los primeros rayos de sol se colaban disimuladamente por la ventana,

mientras la mayoría de los miembros de la familia Reuben se acostaban en sus camas después de una larga noche. Excepto Olivia y Tom que, ensimismados y maravillados con la personita que habían traído al mundo, se abrazaban continuamente repitiéndose que se amaban.

Y Gabrielle que, por alguna razón, no terminaba de encontrar todas las piezas del rompecabezas que encajaban en la escena.

— ¿Por qué estás aquí, Logan? — inquirió con seriedad, incorporándose en la cama para quedar sobre él — , y dime la verdad — continuó cuando vio que abría la boca — , no me mientas. No me digas que has dejado a la mujer de la que estás enamorado, esa por la que has movido mares y cielos, solo porque habíamos dicho que pasaríamos las fiestas juntos.

— ¿Pero habíamos quedado en eso, no? — rió él.

— Logan, por favor...

Él también se incorporó hasta quedar a la par de Gabi. Señaló la antología que aguardaba sobre el escritorio.

— ¿Has venido a buscarme para traerme mi relato?

Él negó.

— ¿Entonces?

Logan se levantó de la cama, pensativo, y se acercó hasta la ventana.

Ella no podía apartar los ojos de su espalda mientras se recriminaba aquel ataque al que le estaba sometiendo. ¿Pero qué diantres ocurría con ella? Se supone que había decidido que prefería tenerlo como amigo a perderlo... Entonces, ¿por qué se comportaba así? ¿Por qué no aceptaba las cosas tal y como eran? Estaba colocando a Logan en una encrucijada y...

— ¿Te acuerdas cuando la calle de debajo de casa amaneció nevada? Intentamos salir para disfrutar del paisaje pero las puertas de abajo estaban atrancadas por el hielo.

Gabrielle puso los ojos en blanco.

— Claro que me acuerdo... No han pasado más que unas semanas.

Él se giró hacia ella, mirándola fijamente a aquellos ojos azules tan penetrantes.

— Este paisaje merece aún más la pena, Gabrielle — dijo, tirando de su brazo — , ponte los zapatos.

— Pero no me has contes...

— Ponte los zapatos — volvió a ordenar.

Gabi se calzó con rapidez y siguió al muchacho escaleras abajo.

Cuando abrieron la puerta y pasaron al exterior, comprobaron que, efectivamente, aquel paisaje merecía ser disfrutado. La ventisca y el temporal habían dejado a su paso árboles caídos y algún que otro accidente, pero la capa de nieve que se había formado y que cubría, literalmente, todo, estaba preciosa iluminada bajo aquellos primeros rалos de sol matutinos.

Logan sonrió, contemplando todo aquello que les rodeada.

— Tu familia es muy privilegiada, ¿no crees?

Ella, que siempre se había avergonzado de aquella destartalada casita perdida de la mano de Dios ni siquiera supo qué contestar. Sí, sí que lo era. Por primera comprendió lo que realmente significaba la palabra “privilegio”.

— ¿No vas a contestarme, verdad? — insistió.

Él se giró hacia Gabi y sonrió abiertamente, como si estuviera buscando la manera de expresarse en voz alta. Después estiró el brazo, invitándole a que colocase su mano sobre la de él.

— ¿Bailas, mad muasel?

Ella aceptó risueña, con los ojos en blanco, mientras se rendía al momento y asimilaba que, efectivamente, no tendría la tan ansiada respuesta por parte de Logan.

— No tenemos música — replicó, mientras Logan rodeaba su cintura con el brazo.

— No hace falta, tararearé una canción...

— ¡No! — exclamó entre risitas.

— Sí, tengo una... — continuó —, una muy pegadiza que se está escuchando en la radio... nanana ná, nana nananá... nana nananá...

Gabrielle tuvo que contenerse para no saltar en carcajadas.

Logan, mientras tanto, ponía la música y guiaba el baile, dando vueltas y más alrededor de ella, con la espesa nieve colándose por los tobillos de ambos y enfriando sus pies.

Alzó la vista al cielo con aires soñadores, diciéndose a sí misma que aquella era la mejor Navidad que había vivido jamás. Cuando descendió la mirada, aún sin soltarse de Logan mientras el baile continuaba y sus pies danzaban muy despacio, chocó con la mirada de Olivia. Sonreía con la pequeña Sophie en brazos, observándoles desde la ventana de su dormitorio. Era una sonrisa tierna, sincera, abierta. Una sonrisa de amor.

Logan se detuvo y se quedó mirándola fijamente.

— ¿Sabes qué?

Ella no pudo evitar poner los ojos en blanco.

¿No tenía otra frase con la que comenzar las conversaciones?

— Cuéntame...

— Te he traído un regalo de Navidad.

Sopesó las palabras, preguntándose si con aquello se refería a la antología con su relato.

— ¿Y quieres que yo te dé otro a cambio? — bromeó ella.

— Solo si quieres... — dijo, mientras rebuscaba en el bolsillo de su pantalón — , pero un regalo no se da esperando otro a cambio — continuó, entregándole un pequeño papelito doblado en cuatro partes.

— ¿Qué es?

— No me gustó el final de tu relato y pensé que yo podría reescribirlo mejor.

Gabrielle lo miró con curiosidad, mientras se mordía el labio para contenerse. Desdobló la hoja con delicadeza y se quedó petrificada leyendo y releendo las dos palabras que la hoja tenía grabadas en ella.

Te quiero

— Esto significa que...

No pudo continuar la frase.

Sus labios, fríos, agrietados, chocaron con los de Logan mientras él susurraba muy bajito que la quería. A ella. La quería.

Sintió su mano acariciando su cabello en el mismo instante en el que se retomaba el baile; esa vez sin música. Una lágrima se deslizó lentamente por su mejilla. Cerró los ojos rendida al momento, a las caricias de Logan, al paisaje con el que se había criado y jamás había valorado.

A aquella mirada con la que quería despertarse cada mañana de su vida.

— Quizás sea un poco tarde, Gabrielle... — susurró en su oreja, sin permitir que sus pies se detuvieran sobre la nieve — , pero me he dado cuenta de que tú eres la chica más perfectamente imperfecta que quiero...

Ella se secó una lágrima sobre el suéter de Logan, repitiéndose mentalmente que a veces, sólo unas pocas veces, los finales felices podían hacerse realidad.

FIN

Conclusión

Por último...

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como lo hice yo escribiéndola.

Antes de despedirme de ti, lector, agradecería poder leer tu opinión en Amazon, ¿te tomas dos minutos en escribirla?

¡Agradeceré muchísimo descubrir qué te ha parecido esta navideña historia!

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.





UNA COSA DE LOCOS

La suerte sonríe a Emma Owens cuando un abogado ingl es le comunica que su rico y poderoso t o Larry ha fallecido y que ella será la heredera de toda la fortuna y propiedades que el hombre poseía.

Decidida a disfrutar de su nueva vida cuanto antes, abandona la gran ciudad para volver a Inglaterra y poder realizar los papeleos de la herencia cuanto antes. Pero por desgracia para Emma, las cosas no son tan sencillas como parecían...

En su pueblo natal, tendr  que solucionar la lista de "requisitos" que ha confeccionado su t o para que ella pueda cobrar la herencia y, además, tendr  que reencontrarse con Michael Gardner, un exnovio al que abandonó tiempo atrás que se ha convertido en uno de los hombres más poderosos de la zona.

Menos mal que su compañera de piso, Abigail, est  junto a ella para apoyarla y ayudarla en todo.



NUESTROS DÍAS

A pesar de todo lo que tiene, Will Brown no está pasando por el mejor de sus momentos. Mientras unos malos pronósticos se ciernen sobre su futuro, los recuerdos del amor de su juventud comienzan a atormentarle y no logra sacarse de la cabeza a aquella chica que verano a verano le fue robando el corazón.

Si se marcha y regresa para buscarla quince años después de que se dijeran adiós por última vez, perderá todo lo que ha construido en su perfecta vida... Pero, ¿y si se queda? ¿Será capaz de enfrentarse a aquel pasaje de su juventud sin cerrar que abandonó en el lago de Withley?



LA CHICA QUE SE LLAMABA COMO UN COMETA

¿Qué tiene la heladora voz del señor X?

A veces ser feliz es más difícil de lo que parece, y Holly lo sabe muy bien.

Nadie puede negar que la muchacha se esfuerza mucho, pero ahora mismo su vida es un auténtico desastre: todos la odian en su trabajo, su novio la ha dejado por una versión más joven y estilizada de ella, ha engordado unos kilos y, encima, ha pasado tantos años esforzándose por ser la novia perfecta y por agradar a los demás, que ni siquiera se gusta a sí misma.

Lo que Holly no sabe es que el misterioso hombre que conoció entre las sombras parece estar dispuesto a hacer cualquier cosa por descubrir qué esconde la chica que (no) se llama como el cometa, esa que brilla incluso en la oscuridad.



Bilgía “Yo no soy tu vampiresa”

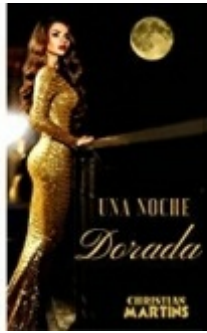
Amanda ha perdido a su marido, está centrada en su hijo y lo único que espera de la vida es que su pequeño sea feliz.

Derek es algo brusco y torpe, pero un romántico de corazón. Después de que su mujer le abandone por otro, decidirá que todas son unas arpías despiadadas. ¿Por qué ya no quedan mujeres reales en el mundo?, pensará.

¿Y Pipper? ¿O mejor dicho, Fantasma? Un cachorrito de cocker que parece dispuesto a completar esta historia y unir todos los cabos sueltos.

¿Quién no cree en el destino? ¿En el amor? ¿En las segundas oportunidades?

¿Puede una vampiresa y un pequeño diablillo conquistarte el corazón?



SAGA “UNA NOCHE” (UNA NOCHE DORADA, UNA NOCHE CONTIGO, UNA NOCHE NUESTRA, UNA NOCHE PERFECTA)

Arianna Townsend no tiene pensado, por el momento, enamorarse.

Está acostumbrada a tener al hombre que quiera en cualquier instante y que todos la traten como si fuera una reina. Disfruta jugando con ellos para después decirles adiós, sin que ninguno le exija ningún compromiso.

Pero su perfecta vida se irá al traste cuando aparezcan Jason, un atractivo chofer que su padre acaba de contratar, Steve Lowell, un inglés de la alta sociedad que desea conquistar a la hija de su jefe por encima de todo y Markus, un pobre chico al que Arianna le robó el corazón.

El baile de La Noche Dorada se acerca y todas las miradas estarán centradas en la rica y atractiva joven, pero la noche no terminará tal y como esperaba ella.

Arianna tiene demasiados secretos y hay mucha gente dispuesta a destrozar la vida de la mediana de los Townsend...

La indecisión y la pasión serán los ingredientes principales de esta erótica historia para atrapar al lector.

¿Por qué no vienes a descubrir la mansión de Manor House?



TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?



NOSOTRAS (JUNIO 2017)

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación. Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro. ¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud? ¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»



ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor. Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada... Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito... Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»



BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»



SERÉ SOLO PARA TI (BILOGÍA) (FEBRERO 2017)

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»